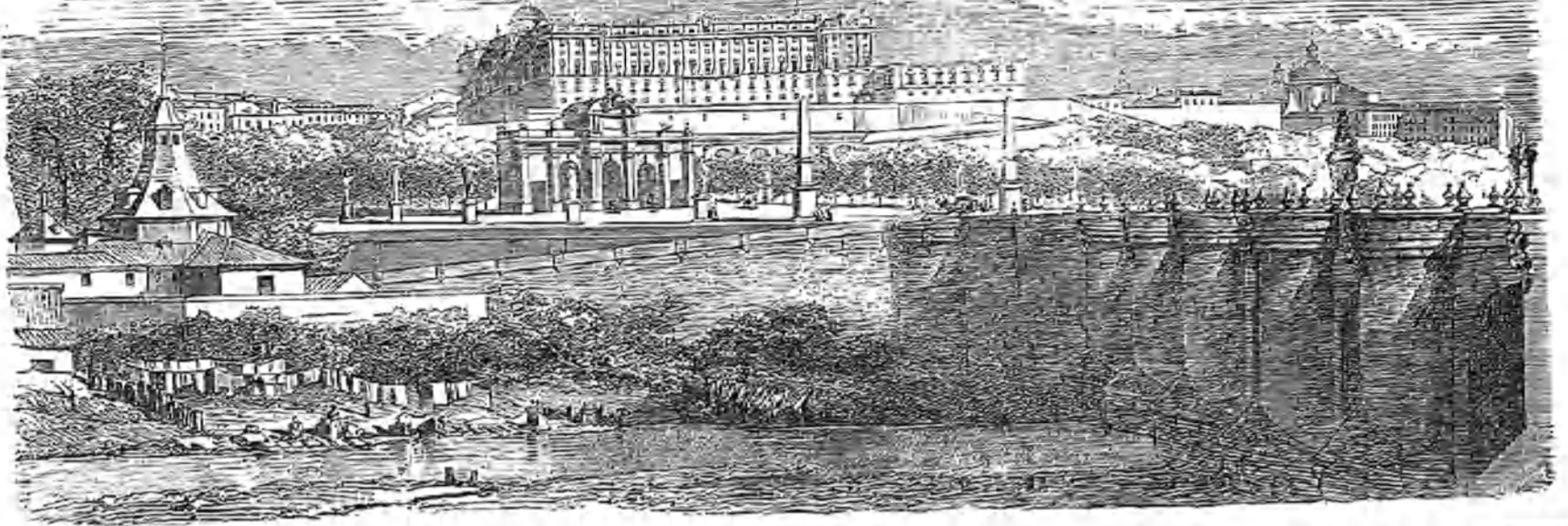


LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

MADRID 30 DE ENERO DE 1871.

NÚM. 26.

AÑO II.

SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por D. Isidoro Fernandez Flores.—La Serrana de la Vera, por D. Y. Barruente.—D. Hilarión Eslava, por don J. M. Esperanza y Sola.—El barrio de las musas, por don Francisco M. Tubino.—Costumbres del siglo XVII (continuación), por D. Julio Monreal.—El bergentín «Carita» (conclusión), por D. Narciso Campillo.—Eduardo Zamacois (apuntes biográficos), por D. Manuel del Pato.—El día de las batallas, por D. José Fernandez Bremen.—Revista musical, por D. Antonio Peña y Goñi.—Roma. Inundación del Ghetto (barrio de los Judíos).—Visita de S. M. el rey al cuartel de San Gil.—Funerales de D. Pascual Madoz en Barcelona.

GRABADOS.—Don Hilarión Eslava, dibujo de D. A. Perca.—S. M. el rey pasa revista al cuarto regimiento montado de artillería, en el cuartel de San Gil, dibujo de D. J. L. Pellicer.—Funerales de D. Pascual Madoz en Barcelona, del mismo.—Roma. Inundación del Ghetto (barrio de los Judíos), del mismo.—El hogar de una casa propiedad del duque de Frias, en Ocaña, copia de un dibujo del Sr. Becquer, por D. F. Pradilla.—Zaragoza. Algunos habitantes disponen su marcha huyendo de la inundación, dibujo de D. J. L. Pellicer.—Eduardo Zamacois, dibujo de D. A. Perca.—La Maja, boceto de Eduardo Zamacois, dibujo de D. A. Perca.—Jeroglífico.

ECOS.

Los habitantes de París se han acostumbrado ya á considerar el bombardeo como una especie de fenómeno atmosférico, como una lluvia de aerolitos. Quién va por la calle á pié, quién en coche, quién á caballo ó á gatas, según puede en tiempos tan anormales; pero todos al andar miran al cielo, como el poeta que demanda inspiración. Debe parecer París un pueblo de bobos. De pronto cualquier ciudadano grita: ¡una bomba! y todo el mundo se arroja á tierra panza abajo. Diríase que se habían muerto todos de repente. Un globo inmenso desciende trazando una gran curva y al tocar el suelo estalla como un planeta lleno de pólvora. Entonces, por un fenómeno de elasticidad los cuerpos de los transeúntes se pegan á la tierra, hasta quedar en el estado de lámi-

nas. Luego, los más decididos alzan un poco la cabeza y dirigen una mirada en derredor: no ha ocurrido novedad. Aparte del ruido; de cada mil bombas se aprovecha una. Por fin, se pone en movimiento la gente y los granujas se dan de cachetes disputándose los cascos del proyectil, que el gobierno paga á franco y medio el kilogramo.

El hombre es un animal de costumbre, y concluye por hacerse al bombardeo. Nada decimos de la mujer, porque ésta por naturaleza es aficionada á los estados de sitio.

Aunque las desgracias personales producidas por el bombardeo no sean muchas, ocurren episodios cuya narración estremece. Ya es una familia que está comiendo y que vé caer encima de la mesa una terrible granada, á guisa de postre; ya es un honrado matrimonio que va en coche y que siente estallar bajo el vehículo un volcan formidable: ya, en fin, y esto espeluzna, un guardia nacional oye la voz de alerta, se tiende en el suelo y recibe en los faldones de su levita una bomba que estalla en aquel sitio, con grave detrimento de su persona.

Peró ya lo he dicho: el hombre se acostumbra al bombardeo. A lo que no se acostumbra es á no comer. Los parisienses se han comido los asnos, los mulos y los perros; ya no hay legumbres, y en los *restaurants* triunfa por completo la cocina china; se sirven ratones, y otros animalitos de tan baja extracción, á cuatro ó cinco duros pieza. Puedan Vds. figurarse la inseguridad de que gozarán los gatos estando tan en boga los ratones.

Algunos parisienses de influencia se han comido los osos del Jardín de Plantas, y la grasa de estos animalitos ha sido comprada á precios fabulosos, no por los calvos, como antes, sino por los cocineros.

Qué más: ¡hasta se han comido al gran elefante!

No hace mucho los soldados prusianos, para burlarse de los hambrientos habitantes de París, enviaron en una balsa que arrojó la corriente, un pedacito de tocino. En un madero de la balsa, á modo de dedicataria, se leía: «Para el abastecimiento del pueblo de París.»



DON HILARIÓN ESLAVA.

La indignación que produjo este hecho fué inmensa, y con razón, porque era muy poco tocino para tanta gente.

Por desgracia de los parisienses los prusianos no han vuelto á repetir la broma.

Los individuos de las sociedades filantrópicas piden á la puerta de las iglesias y en las calles para los pobres. Se estiman, sobre todo, los donativos en especie. Dar un billete de banco demuestra menos caridad que dar un cuarto de cabrito.

Las señoras, en vez de una bandeja de plata, tienen delante un cesto. Un periódico francés citaba con elogio á una elegante dama que había tenido la fortuna de reunir un pedazo de queso, un trozo de carnero y tres cebollas.

Y lo más digno de elogio, añadia, es la entereza, el heroísmo que supone en estos tiempos el no habérselos comido.

Las mujeres de los nacionales y de los *móviles* de París están dando ejemplo de patriotismo. Despreciando las bombas y las balas, fabrican cartuchos y cuidan de los heridos.

Bien es cierto que nunca llegarán á familiarizarse tanto con los proyectiles, que discurran destinarlos á embellecer y adornar su persona, como lo hicieron cuando el bombardeo de Cádiz nuestras lindas compatriotas.

Recuerden Vds., ó sepan si no pueden recordarlo, como es probable, que cantaban esta copla:

«Con las bombas que tira
El mariscal Suu;
Se hacen las gaditanas
Mantillas de tela.»

Parece imposible que en un país donde se ha hecho del hierro de las bombas tul para mantillas, esté tan atrasada la industria.

Al leer los periódicos que nos llegan de las poblaciones lindantes al Ebro, el corazón se llena de profunda tristeza. Desde el año 1821 no habían sufrido aquellos pueblos una avenida tan grande ni tan funesta.

Zaragoza había bordado sus márgenes desde entonces con preciosas quintas y numerosas viviendas, con fábricas y cármenes. Esta barrera tan costosa, levantada por el placer y la industria, no ha sido bastante á contener el impetu de las aguas: el río ha ido subiendo, insensible á los ayes y á la desesperación de las pobres familias que allí tenían su ajnar y su vida, y todo lo ha invadido. Cuántas desgracias, cuánto dolor, cuántas lágrimas, cuánta miseria!

En las ciudades del resto de España la caridad y el amor fraternal han proporcionado ya, y proporcionarán aún, recursos con que atender en algo á la reparación de tantas desgracias; pero el poder del hombre en estos casos es menos eficaz para el bien que lo son para el mal los grandes estremecimientos de la naturaleza; y por mucho tiempo en gran número de pueblos nos dirá la voz plaúderá de los pobres, nos dirán los niños desnudos, las mujeres de rostro marchito y hambriento y la soledad de los edificios húmedos y destechados: hasta aquí llegó el Ebro.

El terror que tan extraordinaria catástrofe ha producido en Zaragoza ha hecho abandonar la población á muchas familias, como del grabado que en este número se publica puede inferirse.

La ILUSTRACION DE MADRID, perseverando siempre en la idea que le ha dado vida, procura dar sabor y carácter artístico á sus ilustraciones de actualidad. El fondo del dibujo que en esta ocasion ofrece á sus lectores tiene en este grado aquellas condiciones. Representa una de las calles de la parroquia de San Pablo; la parte de la población más preciosa tal vez en sus detalles.

Los otros que terminan las fachadas de las casas por su singular construcion, dan un acollo original y artístico á la arquitectura, é interceptando los rayos del sol, producen en las calles angostas esa luz indirecta que permite observar, sin que la vista se fatigue, los más minuciosos adornos de las fachadas, los mil detalles que prestan un sello de poesía á las estrechas ventanas, á las alia y caprichosas rejas de hierros retorcidos coronadas de cruces y de grifos, y á las puertas de vetustas maderas y sinclado herraje que decoran los más antiguos edificios de Zaragoza.

Hace algunos días hablaba yo con cierto funcionario público del ramo de policía, manifestándole la admiración que me causaba ver el poco resultado que dan las pesquisas de la autoridad, tratándose de algunos hechos al parecer de muy sencilla y fácil averiguacion. Motivaba esta observacion mia un caso que acababa de referirme.

Aquella mañana entraba por una de las puertas de Madrid cierto labriego de estos que viven en el siglo XIX como una protesta viva de la civilizacion. Sus ojos se fijaban con estúpido asombro en cuanto le rodeaba y su boca desmesuradamente abierta parecia una boca de asparate de dentista. Estos signos y el irse dando de empellones con todo el mundo, como hombre que no sabe conducirse á sí mismo, denotaban que era la primera vez que pisaba la corte.

Así lo comprendió cierto caso que le vió, y que se propuso desde luego abrirle aun más los ojos y la boca, á ser posible.

En efecto, no había pasado mucho tiempo sin que nuestro palato cambiase lleno de satisfacción unos ochenta á noventa duros que llevaba en el bolso por una magnífica pulsera de oro y brillantes, joya digna de una princesa, á no ser éstos y aquel perfectamente falsos.

Después, como las buenas ideas le vienen á uno cuando ya no sirven ni aprovechan, se le ocurrió al buen hombre entrar en casa de un platero á que fijase el monstruoso valor de aquella alhaja. Dijo al platero que bien valdría... sus cincuenta reales.

El platero estuvo á pique de morir, como el gallo de la fábula, por sostener la verdad: el labriego daba cada berrido que la tienda parecia una lechería suiza, y se tiraba de los pelos enfurecido. Por fin salió de la tienda más tonto aún que entró, medio roto y casi calvo.

—Un conocido suyo, me decía el funcionario de quien ántes he hablado, le llevó al gobierno civil. El pobre expuso allí su queja. Muy bien, le dijo un inspector, eso se arreglará fácilmente. ¿Qué señas tiene el que le ha dado á Vd. la pulsera? ¿Es alto ó bajo? ¿Es rubio ó moreno? ¿Gasta barba ó bigote? Vamos... diga usted algo...

—No sé... señor... me parece que... pero, no recuerdo bien... porque yo, la verdad... quiero decir...

—Pero, hombre, no recuerda Vd. nada! dijo el inspector asombrado. Ni su traje... ni su edad... ni... Con una seña no más habría aceso suficiente para dar con él.

—Ah, exclamó el platero, yo bien lo conocía si lo viese!

—Pero hombre, ¿en qué lo conocería Vd.?

—¿En los zapatos!!!

Compréndese, pues, me decía mi interlocutor contestando así á la observacion que yo le había hecho, que gracias á la poca perspicacia del labriego no será fácil dar con el estafador, á menos que el gobierno decretase una exposicion general de botas.

Los tesoros del arte, como los que la avaricia ó el temor han escondido bajo tierra, son para quien los busca. Pero para encontrarlos hay que pasar dias de nieve, dias de sol abrasador, malos caminos andados á pié, de malas pasadas con pan duro y pobre leche. Hay que pararse ante la fachada de los palacios y descifrar los escudos é inscripciones, entrar en los claustros y recorrer aquellas largas columnatas, y hay que penetrar tambien en las humildes casas, porque tras la desnuda pared que sólo refleja el abandono y la pobreza yace olvidada una ventana, una puerta, un mueble, un objeto cualquiera de admirable trabajo. La fé, la religion del arte dan tan sólo la constancia y la recompensa de estos viajes que emprenden el pintor y el dibujante con su caja de colores ó su cartera á guisa de mochila. Detiénese el artista en un lugar, ante un trozo de columna caído, ó ante alguna estatua medio destruida por el tiempo, y trasladada cuidadoso á su álbum aquellos preciosos objetos. Los chicos y las mujeres del pueblo le rodean, mirándole y mirándose asombrados, sin comprender lo que hace, y algun viejo le cuenta en tono misterioso que cuando él era muchacho aún estaba la columna en pié, y que la estatua tenia aún en aquel brazo que le falta, una palma, un báculo, ó un crucifijo. Él concluye su tarea y sigue su camino. Luego nosotros abrimos las hojas de un libro, y al mirar los dibujos que su hábil lápiz ha trazado, alabamos la hermoza y la grandeza de los objetos reproducidos, sin acordarnos tal vez del pobre artista y de sus largas y trabajosas peregrinaciones.

—No es posible, sin embargo, ver la lámina *El hogar* que hoy dá La ILUSTRACION DE MADRID, sin pensar

en el malogrado Becquer, y sin que se renueva en nosotros el sentimiento de su pérdida. Él recorrió media España estudiando sus tipos, sus costumbres y los restos de su antigüedad, interpretando el arte con la grandiosidad de que dá muestras ese grabado. ¿Qué sentimiento artístico! ¿Qué poesía, qué majestad! ¿Qué vigor! ¿Cuántos restos de las antigüedades que enriquecen nuestra patria han de quedar perdidos ya, sin un Becquer que los descubra y los muestre!

¡Inmenso hogar! ¡Magnífica cocina! ¡Fué construida acaso para la preparacion de los manjares que debían servirse en alguna boda de Camacho, ó se preparaba allí el alimento de todos los honrados vecinos de la antigua Ocaña! Todo es grandioso: el marco ojival del hogar, las hojas góticas que le adornan; la ventana por donde entra el sol á bañar en luz los arabescos de la pared. Creeríase que aquella mujer que allí vemos sentada encenderá luego los haces de leña que están en la chimenea, y que, cuando el día haya caído, entrarán en aquel recinto con grande estrépito monteros, escuderos y gentes de guerra, de vuelta de la casa, con algún javali muerto y otras piezas menudas que deben proveer á la cena del señor de la casa y de los convidados á la fiesta.

Un antiguo viajero recomienda á cuantos se propongan ir de un punto á otro, que tomen siempre el camino más ancho.

La célebre gimnasta señorita Enfrosina Ross acaba de morir en Berlin por haber desatendido este consejo.

Atravesaba el teatro ginece en un velocipedo y sobre una cuerda. La rueda del vehiculo se asió del carril: la artista cayó en un palco y murió.

El camino, en efecto, no podía ser más estrecho.

Gran número de afortunados individuos de nuestra sociedad distinguida, han fundado en Madrid un establecimiento para la venta en pública subasta de coches, caballos, perros y velocipedos.

No puede desconocerse la utilidad de un establecimiento de este género en España. Lo maravilloso es que no se haya fundado hace mucho tiempo.

La fortuna y la posicion de los españoles, por causas y razones de todos conocidas, son tan mudables como el viento. De la noche á la mañana se encuentra uno ya en cocheros, ya en uniforme, ya comiendo faisanes del Asia, ya comiéndose los codos.

La mayor parte de los que veis cruzar en santitos trenes por la Fuente Castellana son fenómenos sociales que aparecen un momento para desvanecerse brevemente.

Lo primero que se ocurre á un buen español que se encuentra con dinero es comprar un caballo. Y su señora naturalmente necesita dos ó tres carruajes y un negro. En cuanto tienen los coches y el caballo, ya lo que necesitan es venderlos.

Cruzan por esas calles coches y cabalgaduras que son prueba evidente de ello.

Yo conozco un coche particular, que es muy particular, en efecto. En el espacio de un año le he visto ocupado por seis ó siete diferentes familias que representaban otros tantos astros eclipsados. Sabe Dios los caballeros de frac y guante lila que ha conducido á la Opera, las señoras vestidas de blanco y cubiertas de flores y lazos, como borrego en feria, que ha transportado á los bailes, y las nodrizas y niños que ha llevado los domingos por la tarde á los Bufos. Ese carruaje no ha tenido dueños, sino inquilinos; estoy seguro que á estas horas está de venta en el *Tatter's Hall*, recientemente fundado.

La sociedad considera hombre elegante y aplaude al aristócrata que vende ó cambia sus carruajes antiguos, y desprecia al hombre humilde y pedestre si le ve cambiar ó vender sus botas.

Y sin embargo, ámbos hacen lo mismo: ámbos tratan así de perfeccionar sus hábitos medios de locomocion.

—Si esto no es una falta de lógica, renuncio gustoso á la esperanza de tener coche.

ISIDORO FERNANDEZ FLORES.

LA SERRANA DE LA VERA.

Hay en la Estremadura alta una tradición popular que el transcurso de los siglos no ha borrado de la memoria de las gentes, porque la poesía con círculos de fuego la dejó grabada en ella, y sus monumentos resisten mejor que los arcos de triunfo y los obeliscos a la acción destructora de las estaciones. En esa penumbra nebulosa donde la humanidad eternamente se agita, los tiernos sentimientos, las vagas aspiraciones a lo infinito que constituyen la parte débil del carácter humano y a la par su poesía, suelen enlazarse más vigorosamente en la plástica intelectual, por decirlo así, que las manifestaciones energéticas y viriles que responden y toman su significación de la materia, desapareciendo ó transformándose como ella en tristísima y perdurable metamorfosis.

Es la heroína de esta tradición una mujer, circunstancia que indudablemente contribuyó a poetizarla y perpetuarla desde los primeros tiempos, mujer hermosísima, que por amores malogrados cobró tal odio a los hombres que se hizo saltadora de caminos, y no sólo vencía a los viajeros en sendas lides cuerpo a cuerpo, sino que se los llevaba a su cueva, donde después de gozar con ellos los placeres sensuales en fúnebra orgía, los asesinaba sin piedad, señalando con rústicas cruces su sepultura, hasta que la justicia de Plasencia puso fin a sus aventuras en la horca. De sus rústicas cruces estaba sembrado todo el contorno de Garganta la Olla, pueblo elegido por la Serrana para teatro de sus proezas, y bien elegido por cierto, que aún hoy, en medio de una civilización más adelantada, recuerda con todas sus voces a la naturaleza el estado primitivo en que salió de las manos de su Hacedor.

Figúrense nuestros lectores el tragadero de un gigante de paja viva, aquí y allá salpicado de quebradas y canchales que semejan glándulas, fibras y venas, por donde se derraman delgados cristales ó gruesos torrentes de agua sutil, sembrados por alfizmos castaños, extensos nogales y magruzas moreras, que recitan sus brazos en falda de helado. Los pobres aldeanos que en unas trescientas casas pegadas a los intersticios de las rocas como nidos de golondrina, labran pedazos de tierra arrancados por el arte a la estratificación de aquel grupo de montañas que forman la sierra de Tormantos, tuvieron que construir en lo antiguo robustas paredes de sustentación para que sus labores no se derrumbasen con las avenidas de invierno, paredes que los siglos han destruido y con ellas las artificiales tierras de pallevar, así como los castañares, dejando sembrados en la mayor miseria a los rústicos labriegos. Confina Garganta la Olla con las aldeas de Jerte, Cabeza de Alcañova de la Vera, Cuacos, tan famosa en los últimos días de Carlos V, por haber sido mansión de los principales amigos y criados del monarca católico, Piorral y Pasaron; pertence al juzgado de Jaramilla, y dista ocho leguas de Plasencia y media del camino que desde esta ciudad va al puerto del Pico, atravesando la pintoresca Vera placentina. A este camino deben seguramente los aldeanos de Garganta el no verse apartados del mundo y en estado salvaje, como sus vecinos de las Hurdes y las Betuecas, aunque no es por cierto la diferencia muy notable, que consiste en hablar algo más claro y vestir algo menos al desnudo.

Entre las esquisitas fuentes de su término, que hacen gran papel en la tradición de la Serrana, como luego veremos, hay una llamada de la Santa, a un tiro de bala de la aldea, más notable en la antigüedad que ahora, pues sólo manaba unas quince minutos al salir el sol, al medio día y al ponerse, en ciertas temporadas del año, y con grandísima abundancia, carácter intermitente y común a ciertos veneros de la provincia de Cáceres. El de la Santa ya en mucha parte lo ha perdido.

Los romanos, que trazaron con admirable sagacidad nuestras primeras vías de comunicación y acaso la de la Vera, llamaron a este lugar *ad fauces*, que hemos traducido nosotros literalmente, desde que, á mediados del siglo XIII, una gran sequía con un inseparable compañera la peste, despojó la famosa ciudad de Caparra, pues entonces, buscando los ganaderos de Cáceres abrigo y yerba a sus majadas, se establecieron en Garganta, adonde acudió al punto la ciudad de Plasencia á darles fecho y justicia. En los siglos medios siguientes estuvo en el condado de Oropesa por título de un mayorazgo, y debió de serles más blando el imperio de los condes que el de la ciudad, pues quiso el corregidor de Plasencia restablecer la jurisdicción en 1493, y le salieron al encuentro armados los vecinos de Garganta, trabándose en la linde una verdadera batalla, donde hubieron suceso mala parte, que el corregidor llevaba una huesa

de los pueblos vecinos, á no acudir en su ayuda don Francisco de Toledo, hermano de Oropesa, con buen golpe de criados y gente de armas. ¡*Viva el rey!* gritaban los de la ciudad, y los de Garganta ¡*Viva el conde!* que es triste dato para la historia de la administración pública, por demostrar que en todos los tiempos ha sido al país oneroso y detestable.

Tiene Garganta raras dehesas, que aún hoy forman bosques impenetrables, como toda la region de la Vera por tantos títulos hermosa, incomparable y agreste. Apenas se concibe el verla en nuestros tiempos olvidada por los pintores paisajistas, siendo así que Carlos V la hizo de moda, eligiéndola para acabar sus gloriosos días, y en la literatura patria pasa por modelo desde hace dos siglos la descripción que contiene de sus frutas y arbolados un libro famoso perdido por sus pequeñas dimensiones, cuyo autor la robó á un fraile mucho más antiguo, historiador del insigne convento de Guadalupe; como si la paleta humana agotara sus colores desde el mismo punto que los emplea en cualesquiera detalle de aquel hermosísimo lienzo. «Aquí se hallan—dicen á duo los mencionados escritores—las hermosas cañuzas, las buenas bergamotas, con todos los demás géneros de peras que imaginarse puede. Aquí los olorosos membrillos, los duraznos, los melocotones, las colorosas cermeñas, los granados, los endrinos, los alberchigos, los naranjos, los nísperos y madroños, y asimismo grande multitud de morales y moreras, que esquilman mucha seda. Aquí se hallan los victoriosos laureles dedicados á Apolo y palmas vencedoras; grandes castaños, altos cipreses, ercicos robles, gruesos álamos, verdes alisos, amontonados fresnos y altísimos álamos, donde trepando las parras consagradas á Baco desde el tronco hasta su altura, los hermocean con sus frutas y frescas hojas, y ellas las sustentan con su firmeza. También fertilizan este suelo muchas olivas consagradas á Pallas, símbolo de la paz, muchos naranjales con grande abundancia de cidras, toroujas, cooties, limas y limones, con mucha abundancia de zumbos y membrillos. Aquí los avellanos, los quejigos con su flor como de peral, que nacen en las aberturas de los peñascos de los montes. Aquí los nogales, hambros, ojeranzos, los acerolos, los perejones, las serbas, los castaños y robles. Aquí los incorruptibles tejidos de encendida y maravillosa madera, por criarse al desembarazo de los cielos más fríos, acomodan también para esculturas, camas y castritorios. Aquí las trepadoras hiedras, abrazadas con los muros, donde los pajarillos esconden sus nidos y cantan sus canciones, pasando en silencio otra grande multitud de árboles y plantas que la vecindad del agua produce y engendra, con otros infinitos géneros de yerbas medicinales y odoríferas flores, que adornan y enriquecen el suelo de esta amantísima provincia, siendo sus campos hermosos jardines, donde naturalmente, sólo con la agricultura del cielo que la labra, se crían hermosas flores, odoríferas rosas, castas azucenas, cárdenos lirios, peonías, tulipanes, y de aguilon campanillas. Cógense á racimos las violetas, á montones las claveles, y los jacintos á puños. Aquí los arrayanes dedicados á Venus, las murmas, los paraísos, las retamas, los jazmines y naturales claveles que se sopan en los campos, que trasladado todo á los claustros de los jardines, los enriquecen y hermocean... Es la tierra de su naturaleza tan viciosa en criar árboles y plantas y en llevar frutos, que muchos años, cuando los inviernos no son demasiado rigurosos, se van muy de ordinario recoger segunda vez los árboles por el otoño y llevar segundo fruto que se coge á vuelta de Navidad... Vence también á su tiempo en las vides juntamente fruto maduro en cizne y en agraz...»

También la poesía, quizás por boca de uno de esos mismos escritores, el Sr. Acedo, antepasado del conde de la Cañada, tan famoso en la administración y la literatura de Carlos III, vació las bellezas de la region placentina, en un romance dedicado á la retirada de Carlos V á Yuste, diciendo en bello y poético tono:

Yacía la valiente España
En gran pedazo de tierra,
Dules oírlo de los hombres
En la Vera de Plasencia,
Suelo de tanto delirio

* *Amorosos, paraísos y veneros de la provincia de la Vera alta y baja en la Estremadura, con sus tradiciones*, compuesta por D. Gabriel Acedo de la Serrana, natural de la villa de Sarradilla. Madrid, por Andrés Barcha de la Iglesia, 1867. En su desgraciadamente olvidado, que por grande fama entre los hablantes por su descripción de los arbolados de la Vera, pláguela desgraciadamente á Fr. Gabriel de Riquelme, autor de una *Historia de nuestra Señora de Guadalupe* impresa en 1777, como puede verse por el título de su *Historia de los libros que tratan de Extremadura*, página 312.

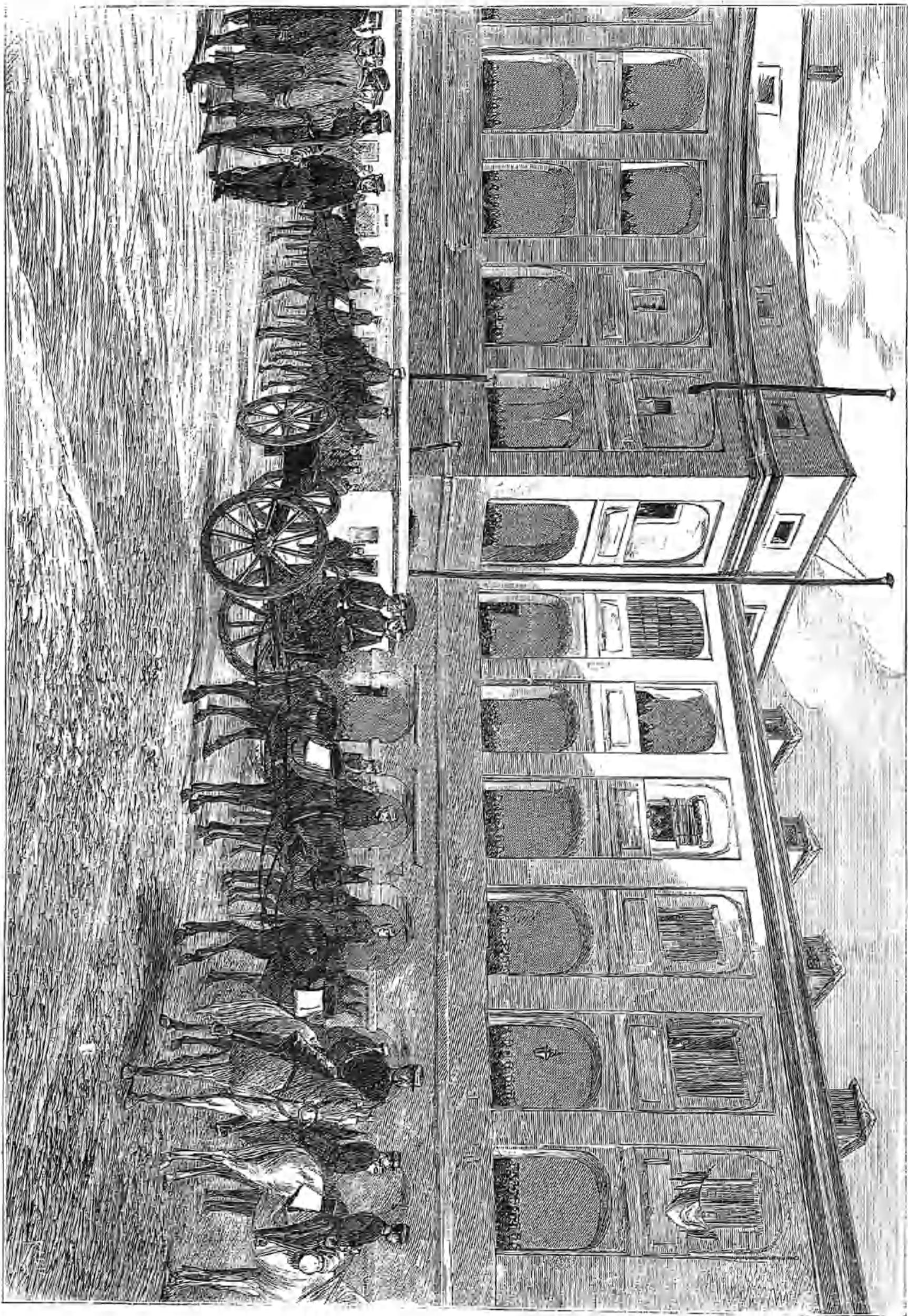
que necesitara á un poeta que fingiera el Eliseo campo a decir que fue en la Vera. Aquí el temerario lavadero de lástima ó de vergüenza Del campo siempre florida, Dentro en sus huertas se encierra.

Este, pues, campo Eliseo de la alta Estremadura poético retiro de frailes jerónimos, de emperadores cargados de gloria, y de almas, en fin, con el mundo desavenidas, lo fué de aquella mujer singular, cuya naturaleza salvática, por una especie de reacción misteriosa sobre sí misma, volvió al estado salvaje á impulso de dulcísimas pasiones, que es extraña contradicción, pero frecuente en el humano espíritu. Los que han podido estudiar en los países intertropicales la perturbación que causa á la inteligencia esa lucha entre el estado primitivo y la civilización que allí constituye la vida social, no se admiran de los frecuentes casos análogos que la España del siglo XVI presenta. Como destemplada por los sacudimientos nerviosos de una época de violentas transiciones, la naturaleza fluctúa entre la luz y la sombra, y ora viene energética y decidida sus alas por las regiones esplendentes de la nueva vida, ora trémula y sombría se repliega á las regiones oscuras donde su infancia ha corrido, no sólo por la atracción impelida del *nihilismo* tan simpático á la materia, como por el resplandor espantado de los nuevos focos que la deslumbran. Así se explica el *harnix* bárbaro que toman las grandes pasiones en los siglos medios; así la aureola de luz y sombra que embalanza á las grandes figuras de la historia popular, mitad bandideros, mitad héroes, y así la vida monástica que con irresistible iman atraía á los claustros una sociedad entera que, después de asistir á la tremenda lucha de principios antitéticos, de elementos irreconciliables y para combatirse desencadenados, buscaba, no tanto el reposo del espíritu como el objetivo permanente é invariable de la creencia. Así quizás podrían también explicarse los delirios filosóficos de los tiempos que alcanzamos, poéticos pero insanos retiros de la inteligencia, causada de volar sin otra luz ni otra guía que su propio instinto por el tiempo y por el espacio.

En la mujer, más delicada, más frágil, más fogosa y arriente en sus pasiones, toma ésta que podríamos llamar perturbación de los tiempos un carácter extrañísimo. Para sacudir las ligaduras que el estado social le impone, consumida de tedio en la soledad de su caseron feudal, ó solitaria sin amante ni esposo en la aldea cuyos vecinos se han ido en masa á la guerra, no halla otro arbitrio que emular al hombre y disputarle palmo á palmo el teatro de su actividad, el claustro, la batalla, la conquista, el galanteo, la aventura, el crimen para vez, más amenudo la catedral y la ciencia. Análogas causas sociales producen á Santa Teresa, á la Sigüea, á doña Luisa Carvajal y á la Monja alférez. Lucrecia Borgia es el tipo absoluto, descarnado, del triunfo completo del mal en esta lucha de luz y sombra: ángel por la materia, demonio por el espíritu.

La Estremadura del siglo XVI fué una region excepcional entre todas las de España y aun pudiera decirse que las del mundo. Las dos grandes corrientes civilizadoras de la Iglesia y de la guerra se habían desbordado, por decirlo así. Los Corteses, los Pizarros, los Vasco Núñez, los Sotos, arrastraban á Ultramar al codo de la gloria y de las riquezas dos tercios partes de la población viril, mientras á la restante, devorado su espíritu por la sed de oro y de lucha, la osteva se le caía de la mano cada vez que la campana llamaba al templo á oír la palabra propagandista del fraile, convidando á la guerra santa y á la destrucción de los infieles, ó al reposo y la meditación, en brazos de un Dios que juzgaban unos implacable y vengativo, y otros infinitamente amoroso y misericordioso. Los campos estaban yermos y solitarios. En las ciudades crecía la yerba. Desnudos y sin educación alguna, los niños vagaban por los egidos confundidos con los ganados, ya hechos silvestres y siendo como ellos pasto de perros y de lobos. Mérida, que había podido dar un contingente de 80.000 hombres á las últimas guerras de los reyes netales moros, en el *Censo de poblacion* que hizo Isabel la Católica figura con mil y pico de vecinos. En los años no había grano, en los hornos no había pan, en los hogares no se encendía lumbre, y era para la mujer que al despertarse, á media noche, sentía caliente y ocupado su lecho conyugal.

Para mayor dolor, entre las guerras santas del moro y de la conquista de América, en la tregua estipulada por la Providencia Divina para restaurar las heidas de la primera, y robustecer al pueblo para la segunda, había sobrevenido la mayor y más calamitosa de las guerras, la civil, ora por los maestraos de las Ordenes de caballería, ora por las lindes de los señoríos, ora por



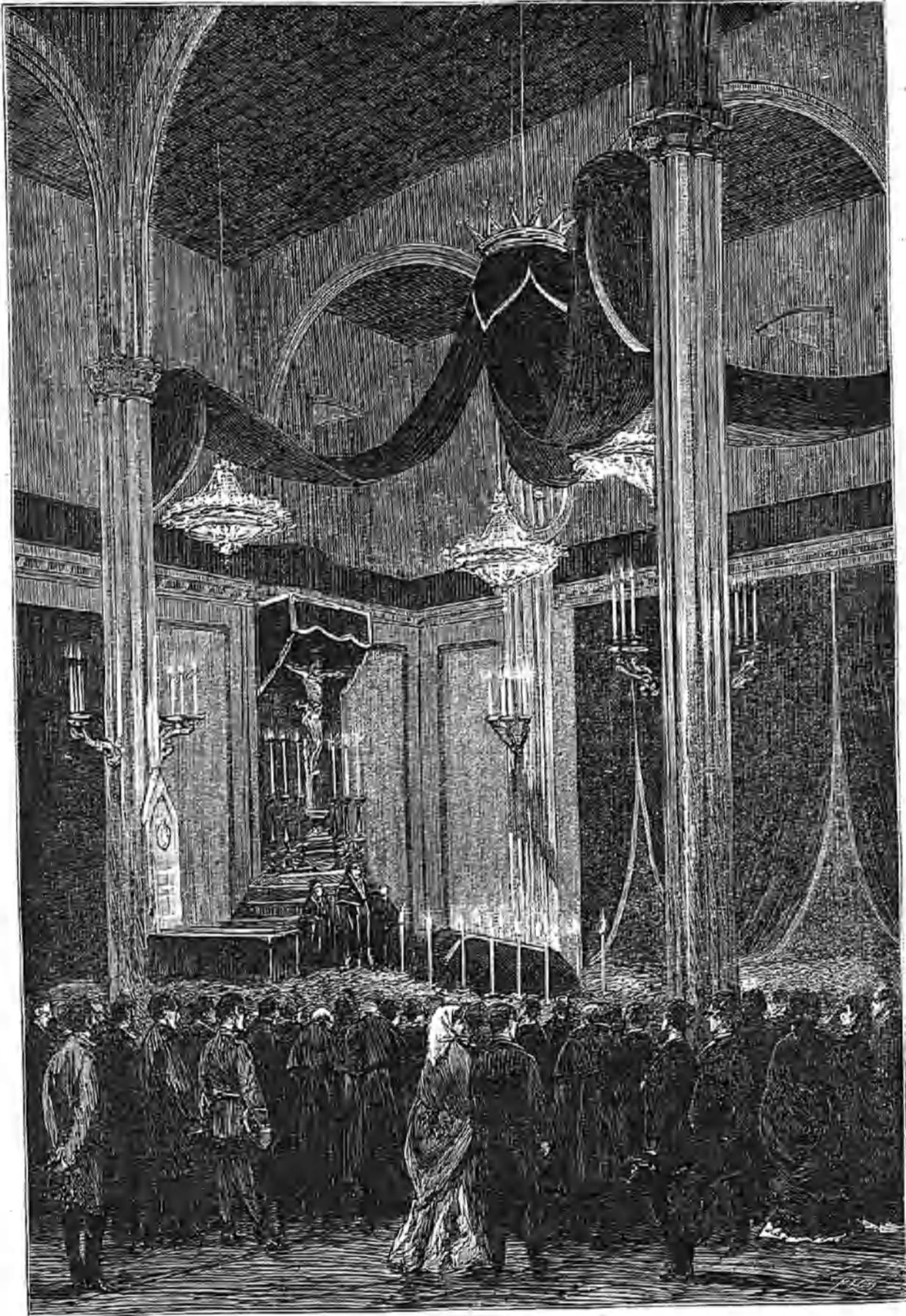
E. N. EL RRY PARA REVISTA AL OVAIRO MONTADO DE AUSTRIA EN EL CIVICIL DE SAN OIL.

los bandos en las ciudades, ora, en fin, por la corona de Castilla entre los partidarios de la Beltraneja é Isabel la Católica. De suerte que un escritor coetáneo, testigo presencial de tantos horrores, habia podido decir con espantosa sencillez, que en el último tercio del siglo xv

tiempo, lo que la Serrana de la Vera al salvajismo completo de los campos. Doña María de Monroy, llamada *la Brava* en las historias de Salamanca, perdió un hijo á manos de dos mozos hidalgos de la ciudad, que jugando con él las lanzas le hirieron malamente, y ha-

los poetas del siglo xvii, á todo lo grande y maravilloso acostumbrada. Su mismo galan dice en el acto último de Lope á los cuadrilleros de la Santa Hermandad que vienen á prenderla:

Es un alarbe en la vida



FUNERALES DE DON PASCUAL MADOZ EN BARCELONA.

no se cogió pan ninguno y el que se cogió fué puesto en fortalezas para la guerra * A seguida sobrevinieron la conquista de Ultramar, las dos pestes de 1505 y 1507, la sublevación de las Comunidades en 1521, y las desastrosas campañas de Carlos V.

En esa misma familia de los Monroyes, símbolo del estado social del país, hallamos un tipo de mujer, que es á la media civilización de las ciudades de aquel

* Traducción que hizo Alonso Maldonado, sobre los cinco libros de Apiano Alexandrino De las Guerras civiles, intitulada y dirigida á D. Alonso de Monroy, maestro de Alcántara, con la vida y historia del m. i. s. D. Alonso de Monroy, maestro de Alcántara. (Memorial histórico de la Academia, t. vii.)

biéndose refugiado en Portugal sus matadores, temerosos de la madre, allá los fué á buscar ella ardiendo en ira, y tornó á Salamanca con sus cabezas destroncadas.

Sucesos tales no parecían en su tiempo extraños, ni destacaban mucho en el cuadro social, ni con negras tintas; por eso y por su misma frecuencia no los cantó la poesía popular tan gallardamente como la Serrana de la Vera lo fué en el romance, espejo fiel de los sentimientos públicos, y al teatro sacada, nada menos que por Lope de Vega, el monstruo de natura, y por Velez de Guevara, el autor de *El diablo cojuelo*. Claro es que sus hazañas, ó dígase en puridad sus crímenes, que sólo por ser obra del amor pudieron parecer hazañas, superaron á cuanto en la mujer concebía la imaginación de

¡Alarbe! No podía en el siglo xvi usarse expresión más gráfica, ni mayor encarecimiento.

Sólo á la rareza del libro de las *Amenidades* puede atribuirse que no figuren los romances de la Serrana en nuestros romanceros, con tanta más razón cuanto que sobre ser muy pintorescos y bastante bellos y pulidos bajo el punto de vista literario, eran populares en tiempo de Lope, y aun hoy en las noches de invierno al amor de la lumbre donde salta la castaña y chirria en el asador la carne de javalí, los cantan á sus nietos algunos ancianos de la Vera, truncados y desconocidos. Aquel libro, por fortuna, los ha conservado en su originalidad primitiva, y nosotros no nos cansaremos de reproducirlos para enriquecer el pobre caudal de la poesía popular extremeña:

LA SERRANA DE LA VERA *.

Allá en Garganta la Olla,
En la Vera de Plasencia,
Saltóme una serrana,
Blanca, rubia, ojimorona.
Trae el cabello trenzado
Debajo de una montera,
Y porque no la estorbaba
Muy corta la faldamenta.
Entre los muelles andaba
De una en otra ribera,
Con una honda en sus manos,
Y en sus hombros una flecha.
Tomárame por la mano
Y me llevara á su cueva:
Por el camino que iba
Tantas de las cruces viera.
Atrevíme y preguntéle
Qué cruces eran aquellas,
Y me respondió diciendo:
Que de hombres que muerto hubiere.
Esto me responde, y dice
Como entremedio risueño:
—Y así haré de tí, cuitado,
«Cuando mi voluntad sea.»
Díome yesca y pedernal
Para que lumbré encendiera,
Y mientras que la encedía
Alfía una grande cena.
De perdices y conejos
Su pretina saca llena,
Y despues de haber cenado
Me dice:—Cierre la puerta.
Hagó como que la cierra,
Y la dejó entreabierta:
Desnúdase y desnúdeme,
Y me hace acostar con ella.
Cansada de sus deleites
Muy bien dormida se queda,
Y en sintiéndola dormida
Sálgome la puerta afuera.
Los zapatos en la mano
Llevo porque no me sienta,
Y poco á poco me salgo
Y camino a la ligera,
Más de una legua habia andado
Sin revolver la cabeza,
Y cuando mal me pense
Yo la cabeza volviere.

* También inserta Azedo una variante de poquísima importancia en lo sustancial, pero de mayor belleza poética.

Heza aquí:

Allá en Garganta la Olla,
En la Vera de Plasencia,
Saltóme una serrana
Blanca, rubia, ojimorona.
Rebózada esperuza
Lleva, porque así cubriera
Su rostro nadie la viera,
Ni della tuviese señas.
A lo galante el vestido
Con tanta gala y destreza,
Las basquiñas enfaldadas
Montes suba y montes trepa.
Sus cabellos destrenzados
Con los arcos de sus cejas,
Flechas arrojan al aire
Y el aire las flechas vuelva.
Sus hermosos ojos negros
Saltan como ella misma,
Pues si ella quita las vidas,
Ellos matan y dan penas.
Con una flecha en sus hombros
Saltando de buena en buena,
Saltaba en los caminos
Los pasajeros que encontre.
A su cueva los llevaba,
Y despues de estar en ella
Hacia que la gozasen
Si no de grado por fuerza.
Y despues de todo aquesto,
Usando de su fiereza,
A cuchillo los pasaba
Porque no la descubrieran.
Muchas hacinas de muertos
Se hallaban por allí cerca,
Ya de frutos destronados,
Y ya comidos de fieras.
Nunca las fieras temio,
Antes, como si lo fuera,
Por su reina entre ellas mismas
La levantan y respetan.
Con una piedra a la barra
Tiraba con tal destreza,
Que ninguno la ganó
Por muy tirador que fuera.
Era muy grande y pesada,
Que sólo para moverla
Aun parecia imposible
Cuando a ella muy ligera.
De su casa se salió
Y habló en aquellas siestas,
Sólo por no la dar gusto
En un empeño que intentó.
Quiso casarse con quien
Sus padres se lo repudiaban,
Y como desesperada
Se fué a vivir con las fieras.

Y en esto lo venir
Brumando como una lieva,
Saltando de canto en canto,
Arrojando de peña en peña,
—«Aguarda (me dice) aguarda,
«Espere, mancebo, espere,
«Me llevarás una carta
«Escrita para mi tierra,
«Toma, lívala á mi padre,
«Díjale que quedó buena.»
—«Enviada vos con otro,
«ó sed vos la mensajera.»

Debía ser muy popular este romance en el siglo XVII, pues Lope y Velez de Guevara copian á la letra algunas de sus versos, como veremos adelante.

(Se concluye.)

V. BARRANTES.

DON HILARION ESLAVA.

Si el interés de una biografía hubiera de consistir solamente en la relación de románticas aventuras, de bruscos cambios de la fortuna, que, dando cierto tinte maravilloso al personaje que se retrata, parece como que lo apartan y elevan sobre las demás gentes, no sería á la verdad la de D. Hilarion Eslava, que intentamos hacer en este artículo, la que llamaría la atención de nuestros lectores. Pero si en la época en que vivimos, en medio de esta lucha agitada de encontrados intereses, de ambiciones más ó ménos legítimas, peor ó mejor disimuladas, la virtud y el saber, la modestia y la ciencia, la austera vida del clérigo y la infatigable del hombre que vive en el arte y para el arte, merecen consideración debida, entónces sobrados títulos tiene la biografía que hoy publicamos, para figurar entre las de los hombres que en nuestros días han ilustrado y honrado su patria con su saber y con su ejemplar conducta.

Paseábase una tarde el rector del Colegio de Infantes ó niños de coro de la catedral de Pamplona, por las márgenes del río que baña los alrededores del pequeño pueblo de Burlada, situado á corta distancia de la capital del antiguo reino de Navarra. Llamóle desde luego la atención un muchacho de corta edad pero de varonil aspecto é inteligente mirada que, con otros, estaba jugando, y cuya argentina voz descollaba sobre las de los demás.—«Hay aquí muchos remolinos? le preguntó aquel. El chico, sin responder, desnudóse en seguida, se arrojó al agua y, nadando con intrepidez, empezó á marcar á su interpelante los sitios peligrosos del río.—«¿Qué lástima! dijo el rector á un amigo que le acompañaba, este chico sería un excelente niño de coro; pero ¡si los crían como salvajes! ¡No sabrá leer siquiera! Oyó el chico aquel corto pero expresivo *aparte*, y sin detenerse contestó:—«Sí, señor, sé leer, y escribir y contar. Acto continuo saltaba á la orilla y se presentaba delante de aquel, como para demostrarle que estaba pronto á justificar la veracidad de sus palabras. Sonrióse el bueno del rector, y le indicó que cantase algo de lo que supiera. El muchacho empezó á cantar una jota, que pronto suspendió: ignorante aún del significado de muchas palabras, había escogido una copla de género tan verde como la alfombra de yerba que pisaban, y que los honestos oídos del capellan no permitieron acabar.—«¿Quisieras ser infante de la catedral? le dijo. El jóven Eslava, que habia visto á ástos varias veces en su pueblo, y que los consideraba como seres superiores á él, halló en la pregunta que le dirigian, y no se equivocaba ciertamente, el *swimmum* de su felicidad; aceptó en el acto y, de acuerdo con el rector, se propuso manifestarlo á sus padres. Estos, de honrada pero modesta fortuna, pensaron de distinta manera: veían en su único hijo varon, el continuador de su patrimonio, é inútiles fueron cuantos ruegos hizo el muchacho para que le llevaran á Pamplona.

Pasóse algun tiempo, y el jóven Eslava habia perdido por completo todas sus ilusiones, cuando la falta de niños de coro en la catedral y la necesidad de cubrir sus vacantes, encaminaron de nuevo los pasos de don Mateo Jimenez (que este era el nombre del rector), á la escena del pueblecito de Burlada. Hizo allí cantar á los muchachos, y ya, perdida la esperanza de encontrar lo que buscaba, acordóse de aquel niño con quien habia hablado junto al río; preguntó al maestro, y ántes que este contestase, Eslava, saltando del banco donde se hallaba, se presentó delante de él. El pobre muchacho habia gritado cuanto habia podido, se habia movido de un lado á otro y empujádose para llamar la atención del rector, exponiéndose á las iras del maestro, y todo habia sido inútil. La Providencia, que tan glorioso camino le tenia reservado, hizo que sus esfuerzos no fueran

ineficaces. Despues de oírle *, quedó convenido que el maestro propusiera á los padres lo llevaran al colegio de la catedral. Calcule el lector cuantos ruegos, cuántas súplicas no costaría á nuestro Eslava, avivadas de nuevo sus ilusiones, conseguir de sus padres que desistieran de los planes que sobre él tenían formados: al fin consiguió vencer su fundada resistencia, y pocos dias despues entraba de infante en la catedral de Pamplona, MIGUEL HILARION ESLAVA Y ELIZONDO, nacido en Burlada, Navarra, el 21 de octubre de 1807.

Rápidos fueron los progresos que hizo en el estudio del solfeo, que le era enseñado por el citado rector: su claro talento y vivo ingenio le hicieron bien pronto sobresalir entre sus compañeros, y muy en breve á aquel estudio siguió el del piano y órgano, bajo la dirección de D. Julian Prieto, y el del violin hasta el punto de ser nombrado violinista de la catedral en 1824. Su nueva plaza fué un acicate que le estimuló para seguir adelante en su carrera, y mientras, por un lado, se dedicaba en el Seminario á las humanidades, como preliminar de los estudios eclesiásticos á que su vocacion le llamaba, por otro, ocupaban la mayor parte de su tiempo la armonía y la composición que el mismo Prieto le enseñaba, y él perfeccionaba con los estudios que particularmente hacia, y despues completó pasando á Calahorra, bajo los auspicios y lecciones del maestro de aquella capilla música, D. Francisco Secanilla. Aún hemos llegado á ver algunas de sus composiciones de aquel tiempo, y en ellas, escritas á la temprana edad de diez y doce años, se ven ya los destellos del genio y de la inspiración, y que tan gran desarrollo tuvieron más tarde. Vacante en 1828 el magisterio de capilla del Burgo de Osma, Eslava le obtuvo por oposicion, y durante su estancia en dicho punto cursó la filosofía y recibió las órdenes de diácono. Poco tiempo despues el cabildo de Sevilla anunciaba los ejercicios para proveer aquel mismo cargo de maestro de capilla en su catedral. Estos eran: componer en el término de seis dias un villancico á voces y orquesta, con aria, coros y solos de instrumentos, y el himno *Scripta sunt caelo duorum*, á ocho rigoroso. Los opositores debían hacer los ejercicios en el punto de su residencia y en casa de un canónigo á quien su cabildo comisionase al efecto, el cual debía remitir los manuscritos con un lema ó señal á Sevilla. Eslava hizo el suyo en el Burgo, y pocos dias despues la poblacion de Sevilla acudia á la catedral á oír las composiciones presentadas. La de nuestro maestro mereció aplauso unánime: nada sirvió esto, sin embargo; nada que el jurado declarase que el ejercicio de Osma merecía el primer lugar; nada que una de nuestras grandes glorias literarias del presente siglo dijera en una décima, que por entónces corrió profusamente por Sevilla, que la composición de Eslava era «la más patética y agrada *». Ajenas influencias pospusieron el mérito á la intriga, y nuestro maestro hubo de contentarse con la victoria moral sobre sus competidores. Algo de esto sucedió poco despues en la oposicion al magisterio de la Real capilla de palacio: presentóse Eslava; sus ejercicios hicieron que el jurado, unánime, le concediera el segundo lugar en la terna, cuando respecto al primero ninguno de los jueces estuvo de acuerdo. Alguno de ellos declaró, como para salvar su conciencia, «que los ejercicios de Eslava eran los más iguales, y que si tuviese más edad le hubiera propuesto en primer lugar;» pero no tenia amigos, ni favorecedores, se presentaba sólo con su mérito, y entónces, como en Sevilla, pudo acordarse de aquella máxima del Príncipe de los ingenios: «el primer lugar al favor, el segundo al mérito.» La provision de la plaza de la capilla dejó vacante el magisterio de Sevilla, y el cabildo llamó á Eslava, teniendo en cuenta sólo su anterior oposicion. Allí se trasladó nuestro maestro en 1832; á poco recibió las órdenes sagradas y en el mismo año cantó la primera misa en la Iglesia de las monjas de la Encarnacion. En este período de su

* Eslava cuenta que le hicieron cantar la escala; á cada nota iba subiéndose maquinalmente los pantalones; al terminar la ascendente se encontró de cañon corto.

* La décima, debida á la pluma de Nicasio Gallego, canónigo de la catedral de aquella Santa Iglesia, decía:

La de Gerona es marcial,
La de Segorbe mequetrua,
Sin fuego la salmantina,
La de Segovia tal cual.
La de Osma es orginal,
Muy patética y agrada;
La de Valencia es copista,
Casi el teatro asombroso;
La de Barcelona no es cosa
Aunque su final agrada.

A pesar de esto la de Valencia ganó la palma ante el Cabildo, y consiguiera saber las razones que se alegaron en pro de su elección.

vida artística. Esclava cambia notablemente en la manera de escribir: fiel á los preceptos de escuela, admirador de las obras de los más reputados maestros españoles y de los clásicos extranjeros, á enyo estudio consagraba largas vigiliás, sus composiciones, hasta entonces, revelan el profundo respeto hácia ellos y la observancia fiel á sus tradiciones. El imponente espectáculo de la catedral sevillana, el ostentoso y severo aparato con que en ella se celebraban los misterios de nuestra sacrosanta religión, conmueven hondamente el corazón de nuestro maestro: sólo, abismado en profunda meditación, Esclava pasaba horas enteras bajo las majestuosas bóvedas de aquel grandioso templo, y su alma despedía las dulcísimas armonías de que se ven impregnadas las obras que escribió, y que son hoy una joya más de aquel precioso y riquísimo archivo. Esclava no podía olvidar que él era el sucesor de Guerrero, de Morales y de tantos otros que constituyen la brillante pleiáda de compositores españoles de los siglos XVI y XVII, por desgracia aún no bastante conocidos y estudiados, pero su genio le decía que era posible dar un paso más en la senda que aquellos habían emprendido. Unir á la severidad y corrección de la frase armónica el encanto de la melodía, haciéndola brillar en primer término; dar verdad, expresión y colorido á la composición sin perder la severidad de la forma, esto fué lo que Esclava se propuso y realizó completamente. De entonces datan, entre otras producciones que brotaron de su pluma, sus *Misereres*, sus *Misas con pequeña orquesta y órgano*, aprovechando ingeniosamente los grandes recursos de los dos magníficos que aquella catedral encierra, y los *Villancicos de los bailetes de las Sises*. Conocida esta ceremonia de gran parte de nuestros lectores, no nos detendremos á explicarla: basta á nuestro propósito decir, que Esclava no tenía noticia de ella, y que cuando se la refirieron, creyólo no paró gran cosa la atención, creyéndolo, tal vez, una extravagancia de siglos anteriores. Llegó la solemnidad del Corpus y con ella los bailetes. Profunda fué la impresión que en su espíritu, esencialmente religioso, produjo aquella sencilla y conmovedora escena, y desde luego se propuso añadiría nuevos encantos. Nada, nos ha dicho repetidas veces, nada ha escrito con más gusto ni mayor deseo del acierto, que la música de estos villancicos. Y, en verdad, que el éxito coronó sus deseos: salvando el grave escollo de dar un tinte profano, que alejara á otro mundo y á otras ideas á los oyentes, á lo que se prestaba no poco el ritmo de la composición, Esclava supo en su música revelar la unción religiosa, la tierna é infantil adopción de aquellos inocentes niños ante su Dios.

Aparte de tan gratísimas ocupaciones, dedicóse con afán, durante su estancia en Sevilla, á enseñar el divino arte á aquellos cuya escasa ó ninguna fortuna no permitían costear maestro, y de entonces datan sus estudios para el *Método de solfeo*, que publicó años después y que hoy se considera como el mejor entre los publicados en nuestra patria.

(Se continúa.)

J. M. ESPERANZA Y SOLA.

EL BARRIO DE LAS MUSAS.

Durante los revueltos tiempos de la Edad Media, cuando limitaban el perímetro de la que al cabo había de ser asiento y normal residencia de los reyes de España, los cubos y contrafuertes de las puertas del Sol y de Guadalupe, extendiéndose desde el último de estos ingresos, con dirección á la iglesia de Atocha y cruzando rumbos, breñas y aguas cenagosas, un descuidado y tortuoso sendero que, encerrado en doble hilera de añosos y copados álamos, guiaba desde la Villa á los fieles que en determinadas épocas del año concurrían, ora á rezar en el venerado santuario, ya á solazarse en los huertos y ventorrillos esparcidos por sus contornos. Solía detenerse el romero en su piadosa excursión, en las ermitas que el fervor religioso construyera á lo largo del camino, apartándose diligente de alguno que otro tugurio, albergue propio de gente picaresca y maleante, que el lucro y la necesidad confusaran entre aquellos matorrales y vericuetos.

Acercábase en el entretanto el vecindario de Madrid, gracias á la predilección con que los monarcas de Castilla solían mirar á la antigua ciudad de los carpinteros, aconteciendo que al mediar la décimasexta centuria, habiéndose trasladado á su alcazar el tetrarca y autocrático Felipe II, fueron comprendidos en el casco de la villa los barrios conocidos con los nombres de arrabales de San Martín, San Ginés y Santa Cruz. Résumose entonces el muro que desde la monie-

nada puerta del Sol, y tocando en la que ahora llamamos plaza de Matute, enlazaba el nuevo recinto con los torreones de la puerta de Moros, abierta en el primitivo, quedando así practicable el portillo de Valdecas, cerca del cual, Anton Martín, benefactor ilustre de aquellas edades, había erigido su célebre enfermería.

Aún no ha concluido el siglo XVI, cuando se advierte que el caserío de Madrid ha crecido de un modo considerable entre el mencionado portillo y la renombrada basilica. La calle de Atocha, circunscrita al trayecto que media desde la Plaza Mayor al hospital de Anton Martín, salva los almonaados muros, y ostentando edificios consagrados al culto y á la beneficencia, dilátase hasta los márgenes del arroyo que corre por el cauce de un áspero barranco. Desaparecen los viñedos que con sus verdes pámpanos cubren alturas y sinuosidades, descuaja el alarife la cepa del arraigado olivar, y ejecutándose desmontes y terraplenes, surgen de aquel descampado sin importancia, mansiones aristocráticas y tranquilas nobios, humildes casas y privilegiadas iglesias, asilos y hospederías, jardines y teatros que siembran en todas direcciones la vida, la animación y el movimiento.

Si tomando por base la plazuela del Ángel y las calles de San Sebastián y del Príncipe, reconcentramos nuestra atención en el caserío que avanza hacia el Retiro, teniendo como límites extremos las calles del Prado y de Atocha, encontraremos una burgada ó suburbio que encierra preciosos recuerdos para el artista, el artista y el literato. Combinándose las naturales consecuencias de la organización social, entonces en auge, con los excesivos privilegios de que gozaran monjas y canónigos, no era permitido á la gente llana elevar sus casas de modo que desde sus ventanas pudieran inquirir lo que en los sagrados recintos ocurría. Otros, que no se hallaban en este caso mediante la distancia que de los conventos separaba sus moradas, renunciaban á construir las de más de un piso, proponiéndose con tal recurso librarse de la incómoda gabela registrada en los anales financieros de aquella época con el nombre de regalía del aposento. Y si á esto se agrega que la administración municipal se miraba reducida á cobrar tasas y realizar impuestos; si se tiene en cuenta que la policía urbana era desconocida, que no había ni alumbrado, ni limpieza pública, ni higiene popular, ni nada de cuanto al presente constituye la economía íntima de las poblaciones bien regidas, no se extrañará que el barrio que llamaremos de las Huertas, con sus vias y costanillas adyacentes, presentara un aspecto, sobre ingrato, mísero y repugnante.

Largas y monótonas cercas, abarcando espaciosos jardines de cuya hermosura sólo disfrutaban sus afortunados poseedores; casas á la malicia y á la flaqueza con sus pesados y redundantes aleros, alguna que otro rotulo alumbrado durante la noche por la tibia luz de empañado farolillo; iglesias, hospitales y monasterios sin atractivo arquitectónico en sus estrambóticas ó vulgarísimas fachadas, inmundos estercoleros, encharcados parajes y tascas donde en nefanda consorcio Bacó y Venus recibían fácil y repugnante culto, hé aquí en resumen la peculiar fisonomía del cuartel que, andando el tiempo, denominábase, y con razón, recinto privilegiado de las musas. Simulacro abreviado de la sociedad en sus tipos predominantes, habitaban en aquel distrito desde el humilde buhonero y el hampon escapado de galeras, hasta el opulento magnate cuya existencia consumían galanteos y francachelas; desde el golilla y el alguacil de casa y corte, hasta el pretencioso é hinchado doctor rivalidad en Alcalá ó en Salamanca; desde la casta virgen que ocultaba en el claustro su juventud y su hermosura, hasta la zurcidora de voluntades y la moza de pocos parcos; desde el lego que consagró su vida á la caridad, y el padre redentorista, y el cuadrillero del Santo Oficio, y el soldado mercenario, y el noble y esclarecido poeta, hasta el sabido insigné y desdichado, el indómito aventurero, el autor de entremeses y la repatada y aplaudida comedianta.

No lejos de la mancerón donde á compás con las risotadas de la sándiz meretriz se escuchaba la vihuela del coplero, entonaban sus místicos cánticos las simpáticas Trinitarias, y á los gritos que el dolor arrancaba á los enfermos del Hospital general respondía la insultante algazara de las zamburas, justas y festines con que egregios optimistas obsesionaban, livianos y descuidados, á sus damas y señoras. Estudiado el barrio de las Huertas en determinado momento de su historia, hubiérase dicho que cifraba las múltiples gradaciones de la volterán fortuna. Alzabase en uno de sus extremos el asilo de los Desamparados, en otro extendiase, ocupando inmensa superficie, la huerta y el palacio del duque de Lerma; y para que el contraste fuera más patente y la comparación más exacta, próximo al afortunado

Lope de Vega, con su cohorte de aduladores y su corona de encumbrados Mezenas, gemía pobre, mísero, enfermo y sin ventura, el coloso de la literatura moderna, el divino errador del Quijote, el nunca bien ponderado soldado de Lepauto.

Arrancando desde los comienzos del siglo XVII, las caprichosas decisiones del destino traen á morar en el barrio de las Huertas, ó en las vías á él más inmediatas, ya á los discípulos de Apelles y Timantes, ora á los adeptos de Melpómene y Talía. En las calles del Lobo y del Príncipe ábrense los primeros corrales ó teatros de la coronada villa, y en ellos representan comedias y farsas las celebridades del histrionismo más en boga, é la sazón, en España. Tienen sus alojamientos las gaites de la carátula en las calles que el cuartel comprende, y dentro de sus límites hállase también el nombrado Mendicero de los representantes.

De regreso Miguel de Cervantes, por los años de 1608 á 1609, de su expedición á Andalucía, se le encuentra habitando con su hermana doña Andrea, viuda del general Álvaro de Mendoza, en la casa número 21 de la calle de la Magdalena.

Trasládase en el mismo año á la plaza de Matute, ocupando una de las viviendas situadas á espaldas de Loreto, quizá la misma donde hoy se hallan las oficinas de La Ilustración. En octubre siguiente podemos verle de nuevo en la calle de la Magdalena, núm. 25; pero definitivamente se domicilió en el barrio de las Huertas, hacia el que testifica señalada predilección. Diríase que algo querido, algo precioso y singular para su cariño, guardaba este extremo de la villa; parecía como que una fuerza superior á su voluntad la obligaba á no apartarse gran trecho de sus inmediaciones. Si las saetas y las presunciones más vehementes no nos engañan, tan extraño encariñamiento está plenamente justificado. Dabó tener el Adam de los postas, en las celdas de las monjas Trinitarias, la prenda querida de suforazon, su hija Isabel. También dentro de los muros del silencioso retiro donde ésta se consagrara á la oración y á la penitencia, se cabaría la modesta é ignorada sepultura del grande hombre!

En junio de 1610, Cervantes con su esposa vivían en una casa en la calle del León, frente á Castillo, pañadero de la corte. Cuatro años después, en 1614, concluyó su *Viaje al Paraíso* en la calle de las Huertas, frontero á las casas donde solía vivir el príncipe de Maruecos, y dos más tarde,

Puesto ya el pie en el estribo,
Con las uñas de la muerte,

muéstráronse en la casa del alérgico D. Francisco Martínez, calle de Francos, esquina á la del León, donde había de exhalar el postero aliento. En aquel refugio que bizarramente le depuso la fraternal amistad y los lazos que como miembro de la Orden Tercera le unían con el dignísimo sacerdote, trinitario como él, vió Cervantes extinguirse para él la luz del día, en reducida estrechez confinado, puesto á prueba de enojos y desahucios, sin otros consuelos que los de la caridad bien entendida y el amor de su ejemplar y cariñoso cónyuge.

Las livianas mujeres que poblaban aquellas calles, los soldados que en reprochados coloquios las incitaban al pecado, los galanes que atraídos por el cebo de las comediantas frecuentaban el suburbio, obligado á los magistrados á medidas extremas, á impedir los escándalos y desmanes que solían cometerse, pudieron contemplar el 23 de abril de 1616 la traslación del ya yerto cadáver al panteón de las Trinitarias. Vistiendo el grosero hábito propio de la hermandad, acariciado el noble y concertado semblante, que la regla descabría á la contemplación lastimosa de los devotos, por las perfumadas esencias que de las inmediatas y espesas arboledas brotaban abundantes; limpia, tersa y despejada la serena frente, velando los pliegados párpados la apagada llama de los ojos, recogidas las manos, sin esfuerzo, sobre el pecho; sin cortejo, ni mundana pompa, era Cervantes conducido al eterno descanso, sobre los hombros de cuatro hermanos tireiros, en rústica ataud. ¡Qué doloroso espectáculo! Lope de Vega, mimado y favorecido por la suerte; Lope de Vega, el cantor de las fiestas palaciegas, el ídolo de las muchedumbres, que ponía su vena al servicio de reprochados sentimientos, vivía á dos pasos de la casa del desdichado escritor. El Pénix de los ingenios sintió que se aproximaba el término natural de sus días, rodando de no pocas anchuras y satisfacciones. Egregios próceres sentábase á su hogar; un ameno y espacioso huerto dábale recreo, cultivándolo, para desechas melancolías; y cuando, agotada la agitación, reclamó la tierra los fúnebres despojos, Madrid entero acompañólos á la huera, dando por tal manera indicio de un duelo que sólo el tiempo mitigaría. ¡Inex-

crutables misterios del destino! Cervantes fallece en la indigencia; Camoens y Guillen de Castro rinden el ánimo en la sala de un hospital; Milton espira pidiendo limosna, y sin embargo, detras de sus harapos brilla refulgente la aurora de la inmortalidad.

Entre Lope de Vega y Cervantes, fijó Quevedo su do-

En torno de estos genios agrúpanse legiones de artistas y literatos que hasta en nuestros mismos dias son á la manera de los voluntarios guardadores de los preciosos recuerdos que el barrio encierra. Sin atenernos á una cronología rigurosa, podremos decir que en la plazuela de San Juan nació el preciado autor del *Si de las*

Acercábase á su fin el siglo XVIII, cuando en la fonda de San Sebastian, próxima asimismo al cementerio antes citado, establecian los restauradores de los fueros del buen decir, Iriarte, Cadalso, Meléndez, Conti y Barnascone, otra academia: refiriéndose á ella, decadente y prostituida en manos de Nifo y de Comella, el ingenioso



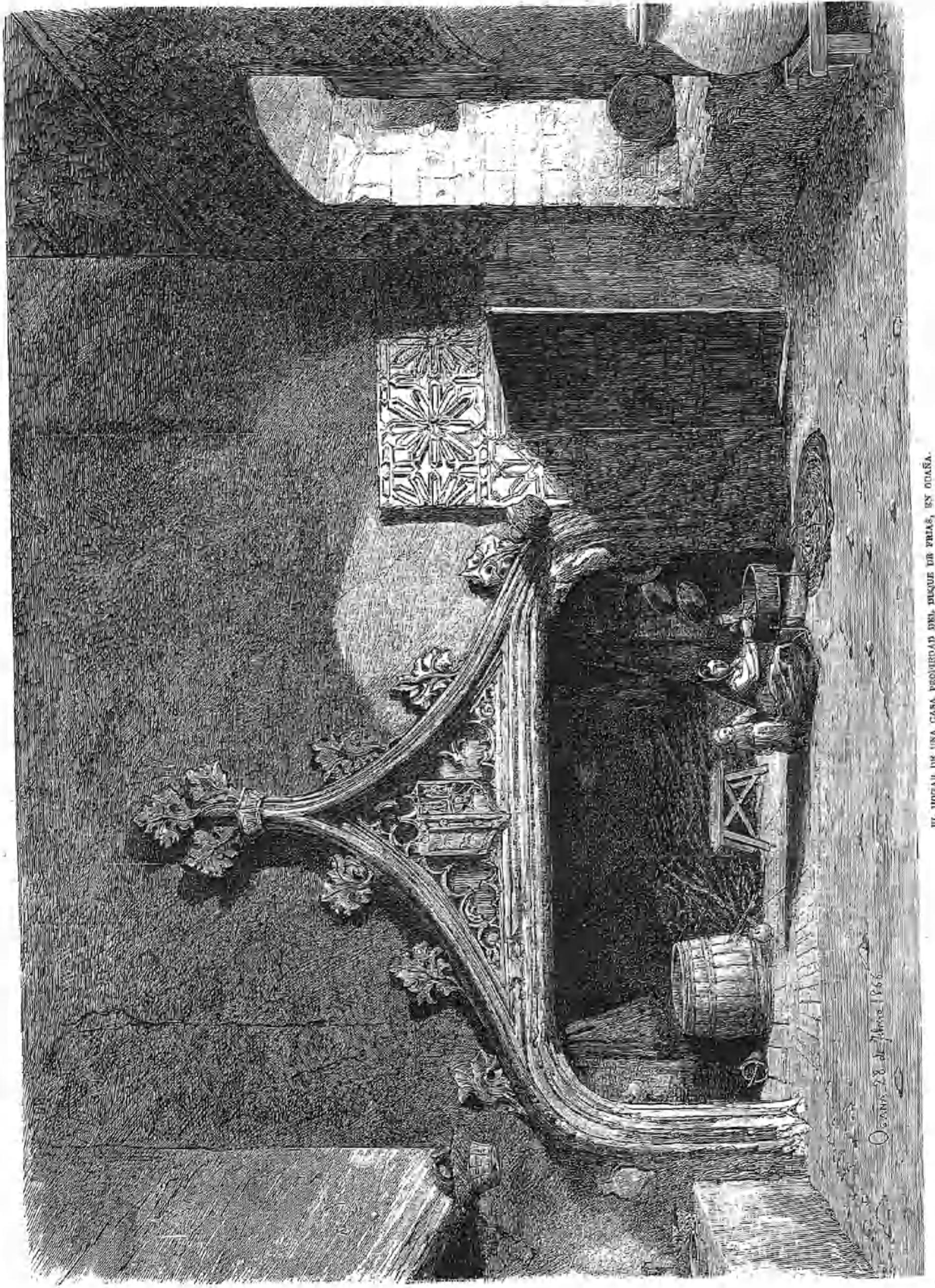
ROMA.—INUNDACION DEL GHETTO (BARRIO DE LOS JUDÍOS).

mió. Hallámosle empadronado en la calle del Niño, que recta conduce á la tumba del segundo. ¡A cuántas consideraciones no lleva esta triple aproximación! De un lado el fecundo poeta, que acomodándose á las exigencias de la época en que vive, emplea sus talentos en fomentar los gérmenes que la vician y la arruinan; del otro los poderosos genios que por caminos divergentes dánse la mano cuando se trata de censurar excesos y señalar torpezas: Lope de Vega, corruptor y corrompido, no columbra el ideal de la vida circunscribiéndose al estrecho círculo de la vulgaridad en predominio; Quevedo, con satánica complacencia, descubre la podredumbre que corroee la fingida alegría de los dichosos; Cervantes, con intuiciones que asombran, señala el triple derrotero de la virtud, de la justicia y del buen sentido á las generaciones que habrán de sucederle.

niñas, D. Leandro Fernandez de Moratin, y en la parroquia de San Sebastian, sepultura de Lope de Vega, recibió las aguas del bautismo el no ménos estimable don Ramon de la Cruz. Distrito preferido de los cultivadores de las bellas letras, fué asiento en el siglo XVII de la Academia de Selvajes, que en su casa, inmediata al panteon de San Sebastian, fundó D. Francisco de Selva, hermano del duque de Pastrana. Allí exhibió Cervantes algunos de los hijos de su entendimiento, y Lope de Vega dió lectura á unos versos, sirviéndose de los anteojos de su rival, y allí mismo concurrían, segun Soto de Rojas, los mayores ingenios de España.

Durante la propia centuria un cortesano egregio, el duque de Medinaceli, celebraba brillantes justas literarias, en su palacio del Prado, reuniendo en torno suyo á Guevara y á Moreto, á Lope, Quevedo y Calderon.

Moratin, crea la sátira dramática envuelta en la fábula del *Café*, y halla medio de echar los fundamentos de la crítica literaria moderna, sacándola de las pobrísimas veredas adonde la llevara el artificio de cultos y gerundianos. Emula la actual centuria de sus predecesoras, inauguró en la calle de San Agustín, casa de Abrantes, allá por los años de 1835, el Ateneo de Madrid, centro hoy reconocido de todo el movimiento intelectual de España, y en el palacio de Villahermosa residió la sociedad del antiguo Liceo artístico y literario, campo fecundo, donde creció la regeneración de nuestra decadente literatura. Pero hay más; celebráronse en la calle de San Agustín las reuniones literarias que presidia Luis Sartorius; Roca de Togores, diligente investigador de la sepultura de Cervantes, tuvo las snyas en la del Prado, y Cruzada Villamil congregó las que tanto nom-



III. HOGAR DE UNA CASA PROVEDIDA DEL DISQUE DE PIRAS, EN OMAÑA.

Octubre 28 de Agosto 1866

bre le dieron en la calle ahora denominada de Lope de Vega. Y atraídos no se sabe por qué incentivo ó fuerza misteriosa é inexplicable, han vivido ó viven en las cercanías de las Trinitarias, Zorrilla, que escribió su *Boa del torrente* en la plazuela de Matute, habitando la misma casa que González Brabo; Andrés Borrego, que tuvo la redacción del *Correo Nacional* en el Nuevo Baztán; mientras acariciaba sus sueños de gloria el futuro conde de San Luis en uno de sus sotabancos, tal vez el mismo donde ahora reside nuestro queridísimo amigo Vicente Barrantes; Romero Larrañaga, morador por largos años de la plazuela de Jesús; Narciso Serra, vecino de la calle de San Agustín; Patricio de la Escosura, de la del Amor de Dios; Gabriel García Tasara, Pacheco, Manuel Moreno Lopez, Eduardo Asquerino, de la del Baño, no tan apartada del barrio que nos ocupa; Breton de los Herreros, domiciliado en la del Príncipe; Corradi en la de Cantarranas; Valladares, Rosell, Carderera, Luis Guerra, en el trayecto desde las casas de Santa Catalina al Prado; Gil de Zárate, en la misma que perteneció á Quevedo, y en otros puntos cuya designación fuera enojosa, Ventura de la Vega, Leopoldo Augusto de Cueso, Eugenio Florentino Sanz, Pedro Antonio de Alarcón, Luis Rivera, Alejandro Llorente, Eguilaz, Manuel del Palacio y Julian Romea.

A los literatos y publicistas siguieron los artistas: Francisco Rómulo Cincinato, Eugenio Caxés, Vicente Caráñcho, Manuel Pereira, y Bartolomé Contreras, pintores y escultores aventajados, aquí residieron; y en orden á los tiempos actuales, para no ser difusos, sólo recordaremos que Mendoza vive en la calle del Baño; Dióscoro Puebla en la de Atocha, y Antonio Oisbert, en el Museo, residiendo antes en la calle de las Huertas, en la propia casa donde ahora se escriben estos renglones.

Farsantes y comediantes, eligieronlo con preferencia á todo otro distrito. Habitáballo en los siglos XVII y XVIII, Miguel Godínez; la célebre Jossfa Baco; la María Córdoba, conocida con el pseudónimo de Amarilla; Juan Rana, el imponderable gracioso; Juan Mudarra; Francisco Tribiño; el divino Miguel Sanchez; Isabel Ana; Agustín Rojas; Alonso Olmedo; Mariano Queró; la Riquelme; la Tirana; la bella Ladrenant y la no ménos famosa María Calderón, madre de D. Juan José de Austria, todos servidores de la catástrofe; Sanchez de Vargas, Quiñones Benavente, Andrés de Vega, Juan Morales Medrano y Damian Arias, autores de comedias é entremesistas. Al principio de nuestro siglo, vivía Rita Luna en la calle de San Juan; Teodoro Méjiquez habitó en la de las Huertas, saliendo para el destierro donde debía morir, del núm. 10 de la de Santa Catalina; Pedro Lopez, Pizarroso y Arjona, aparecen en la calle del Lobo; Valero, en la de Atocha; Bárbara Lamadrid, en la del León; Mate, en la plazuela del Angel; Latorre, en donde hoy habita Gregorio Cruzada; Guzman, Romea, Capó, Carmen Fenoqueto, Mario, Oltra, Calvet, en las de San Juan, Huertas, Amor de Dios, León ó Santa María.

Hasta la política miró con afecto, y si un día tuvo en esta parte su residencia el secretario D. Luis Velazquez, también el palacio del duque de Lerma fué teatro de las intrigas y maquinaciones que, comenzando en el reinado de Felipe III, habían de dar en tierra con el prestigio de la realeza años adelante. Nuestros padres han visto morir en la calle de Cantarranas, número 45 un varón, al preclaro Agustín Argüelles, á Martín de los Heros y á Ramon Gil de la Cuadra, compañeros inseparables del elocuente orador y virtuoso patriota. Nosotros contemplamos á San Luis ocupando la casa que fué del marqués de Ovieco en la calle de San Agustín, á González Brabo huyendo al extranjero desde la de Lope de Vega; á Corradi encerrándose como en una Tebáida en el comedio de la propia vía; á Emilio Castelar reemplazando al último ministro de la Gobernacion borbónica, en el cuarto que éste abandonara.

Cuando la mayor privanza del duque de Lerma, el pascó á la moda extendiase entre el ingenio del agua, frontero al hospital de Atocha, y la trasera de la huerta del magnate, desembocando en el prado viejo de San Gerónimo. Las crónicas de aquellos días registran más de una aventura escandalosa acaecida entre damas y galanes bajo sus corpulentos árboles, siendo el sitio palenque obligado de amores y pendencias, hasta que le tocó el turno de verse sustituido por el salon construido frente á los jardines de Lerma, Maceda, Alcañices y Monterey. Mientras la corte de España llamábase corte del Buen-Retiro, porque sus bosques y praderas eran la residencia habitual de la que á su talento regía el conde duque de Olivares, el barrio de las Huertas añadió á sus acostumbrados moradores buen número de empleados en las oficinas de Palacio y no pocos soldados de la guardia palatina. Contribuyó esta circunstancia en mu-

cha parte á acrecentar el número de las sacerdotisas de Priapo, que en él colocaban sus altares, llegándose al extremo de que una previsora autoridad—según asienta pluma competente—intentara vincular en este distrito los templos del vergonzoso culto, obligando á reducirse á él á sus impúdicas adoradoras. ¡Singular coincidencia, exclama el escritor que nos suministra la noticia, la aproximación instintiva hacia los hospitales de los favoritos de las musas y de las sacrificadoras de Venus Citeres!

Cuando durante las altas horas de la noche el autor de este modesto ensayo cruzó por enfrente del templo que en su sentir guardó el precioso tesoro de los cervánticos despojos, cuando, según su costumbre, consagra melancólico y ternísimo recuerdo á la memoria de aquel colosal talento que trazó con májico pincel la figura grandiosa del ideal humano; la soledad de la calle, el silencio que en ella reina, la tibia luz espesa por el espacio luchando en vano con las sombras, el aspecto mismo anticuado y extraño de algunas viviendas, y hasta el tañido de la esquila que mara á la trinitaria el trascurso de la vigilia, háblanle con el lenguaje mudo, pero poderoso y elocuente de la fantasía, del vate que con su aliento llena aquel privilegiado recinto. Y amarga pena le contrasta, que el simulacro del muerto presentasele triste y escuálido, con la ropilla por el uso destruida, con el cuerpo gallardo, que ahora deformó la hidropesía, con las barbas blancas y macilentas, con la color quebrada y la mirada turbia y vacilante. Mientras cerca de su albergue, los codiciosos Fúgenes atesoran cuantiosas riquezas, secando las fuentes de la Hacienda nacional; mientras allá abajo, detrás de las tapias del Jesús, Lerma, para obsequiar á los reyes, que no se desdientan de habitar bajo los techos de su palacio, consume tesoros, á poca costa reunidos, en ostentosos festines, sin que ni uno siquiera de los relieves de su mesa venga á recoger al valeroso soldado de Lepanto y de las Terceras; mientras producciones ágatas de invención y frutos literarios sin enseñanza ni mérito intuluseco, encumbran á sus autores hasta las alturas de la mayor fortuna, Cervantes, discreto y prudente al lado de los soberbios y petulantes; agudo y festivo sin atropellar las leyes del decoro y de las nautas conveniencias; morigerado, sufrido, autor del libro más popular de cuántos se han impreso, devora las mortales ansias de sus acerbas postimerías.

Peró si nuestro héroe no siguió á la corte en sus frecuentes y dispendiosas excursiones; si sus comedias eran rechazadas por los representantes á la voluntad de otros dramaturgos encadenados; si los grandes no le enviaban sus carrozas para trasladarle á la casa de sus manebas, dejándole ¡oh mengua! morir casi de hambre y de estrechez; si un escribano le lanzaba de la calle del Duque de Alba, faltándole recursos para abonar los alquileres caídos, en cambio Cervantes recibía en la no aderezada estancia que le deparó la compasiva amistad, la visita de los hidalgos franceses que, atraídos por su fama, acudían á saludarle entre atónitos é indignados, de que á tal hombre no la turquesa España muy rico y sustentado del Erario público; y podía escribir aquellas inmortales versos, que dicen:

«La virtud es un punto con que tapa
Y cubre su indecencia la estrechez
Que exenta y libre de la carnia escapa.»

y dar ocasion para que una mano justiciera esculpiese sobre su olvidada tumba este epitafio:

Camínate, el peregrino
Cervantes aquí se encierra:
No cuerpo cabe en la tierra,
Ni su nombre, que es divino.
En fin, hizo su camino;
Peró su fama no es muerta,
Ni sus obras, prenda cierta
De que pado, á la parida
De esta á la eterna vida
Te la cara desentierda.

Por eso al echar, el que esto escribe, una postrera mirada sobre la iglesia de las Trinitarias, convertida desde que se sabe que atesora los despojos de Cervantes en reverenciado mausoleo, cree firmemente que hay algo más sólido y encumbrado que los bienes y dádivas de la riqueza y del poderío, piensa que existe otra superior region á la del fausto y la soberbia, y es aquella sublima esfera donde sólo alienta el génio á quien acompañan la modestia inseparable del mérito verdadero, el no amenguado deseo del bien y la callada virtud, que no por caminar silenciosa y sin séquito por la tierra, deja de ser oída y estimada por cuantos quieren servirle y acrecentarla.

Al discurrir sobre el barrio de las Huertas, con propiedad llamado de las Musas, según antes dijimos, no nos fue dado prescindir de Cervantes; y no tra por-

mitido contar otro rumbo cuando su gloria y su renombre hallábase escritos en sus principales calles con rasgos prominentes é impercederos.

FRANCISCO M. TUBINO.

COSTUMBRES DEL SIGLO XVII.

(Continuacion.)

Las calles en donde vivian las más hermosas muchachas eran con frecuencia el campo de Agramante, en el que muchas veces la clara luz del alba alumbró despojos de instrumentos que habian fenecido en la pelea.

Una de las que más veces oyó el ruido de las espadas era la que Godínez había buscado para tomar posada, porque, como el compañero le dijo, la sobrina de Peró Montalvo era una de las más gallardas mozas de la ciudad, y más de cuatro babian por ella los vientos.

No hacia dos dias que nuestro estudiante había sentido allí sus reales, cuando ya le llenaron el ojo el guapo y donaire de la rapaza, y empezó á darle requiebros, pero á la niña era preciso hablarle en plata, para que no hiciese oídos de mercader.

Más encendía los deseos de Godínez su frialdad, y hubiera de buena gana dado de torniseciones á todos los que veía poner los ojos en ella, tanto que habiendo sabido que quien más repleaba en la fiesta era un valenton, acuchillado de rostro, y de gregüescos, con grandes bigotes á la borgoñona y sombrero de más falda que Sierra Morena, Godínez, que entendía la bayosa * mejor que el Baldo **, como que cursó con Pacheco **, pensó en meter en cintura al guapo y de antemano roquebrar á la moznela con una música, á la que ella era muy inclinada, porque pregonasen en el barrio sus loores.

De todos los tiempos fué, entre los estudiantes, el saber rasgar una guitarra **, y pronto se proveyó el galán de cinco amigos, uno de los cuales era ademas gran poeta, que escribía unos comentarios á Garcilaso, á lo divino, y ya llevaba tres volúmenes con Salfico y Nemoroso.

Juntáronse á filo de noche los músicos á los que hacían las espaldas hasta seis estudiantes más, prevenidos de sendas espadas navarriscas y todos espumando muerdes si el rival ó el corredor con sus porquerones asomaban por la esquina.

Aunque la calle estaba como boca de lobo, no tenían más luz que la de las estrellas, y otra más clara habian monester, según lo desalumbados que su mal propósito los llevaba, cuando con rumor y voces de peñas y porvidas, llegaron debajo de una reja que salía á un tortuoso callejon, en donde apenas podian revolverse los músicos.

Allí era donde Ana, que así se llamaba la niña, tenía su aposento.

Luégo empezaron con un *pasavalle*, que prestó despertó á los más desvelados de la vecindad, como lo dieron á entender las cerraduras de algunas ventanas que gimieron, si bien lo tenebroso del callejon no permitía ver cuyos fuesen los dueños de la curiosidad; pero la que no tardó en abrirse fué la reja de Ana, porque ésta, acostumbrada á tales despertadoras, dormía en un pie, como las grullas.

Pronto advirtió que era de manteos la broma y le dió el oloreillo del huésped, y, aunque no esperado, le contentó, por verse roquebrada *in uteroque*, y un doble ceceo, que dejaba entender no ser ella sola quien escuchaba, dió el rendido estudiante señal cierta de que no eran sus vigiliás perdidas.

—Requerid la musa, Meneses, dijo por lo bajo Godínez, que todas las tres gracias, compendiadas en Ana, os escuchan, que á mi me dió el brillo de sus ojos en el corazón, que parece que quiere saltársame.

—Pues allí va, repuso el aludido, que no tra otro que el mismo poeta, presenciado también de músico de voz, y después de mondar el pecho con un par de toses, que previnieron el silencio del auditorio, y tras un breve preludio de las guitarras, por ellas acompañado, cantó, con voz rouquilla, el siguiente aneja:

* *Bayosa* se llamaba la rapaza, en gitanía.

** Baldo de Elna dis, célebre juristaconsulto presario del siglo xrv (n. 1324 m. 1406) que enseñó en las universidades de Perusa, Bolonia y Pádua; sus obras sirven de texto luego años en todos los estudios de Europa.

*** Pacheco, famoso diestro de quien hizo el pasavalle Quevedo y otros escritores.

**** Se refiere á los estudiantes que se instruyeron en música, porque se consideraba esta como arte y profesión.

¡Oh, tú, de las ingratas la más dura,
Sin par Anarda, que mi amor enciendes,
Ya que de mi dolor te desentendes
Dejame lamentar mi desventura!
Si en el silencio de la noche oscura,
Cuando las brujas alean y los duendes,
Por ver si al todo compasión me vendes.
Me acerco al paladion de tu hermosura:
Contra el rigor de tu desden me estreño,
Viéndote siempre de mi dicha ávara
Y ¡oh Bárbara crueldad! guzando en ello.
Al caplica, por fin, piadosa ampata,
Que está mi amor pendiente de un caballo,
Y el amor en pelillos no repara.

No bien el alumno de las masas terminó su malparido soneto, que dejó á todos absortos por lo peregrino de los conceptos, en especial el que hablaba de brujas y duendes, cuando por la bocacalle se sintió un huracán de votos y estruendo como de quien arremete sonando las espadas, y en un santiamén halláronse los rondadores atropellados por unas furias que decían:

—¡Ah bellacos! ¡Ah ladrones desalmados, poetas del hampa, estudiantillos capigorrinos, nosotros os daremos desdenas y pelillos!

Oír tales voces y tomar los maliciosos las de Villadiego todo fué uno, pero Godínez, que con los otros guardiames estaba amhelesado, mirando á sí descubría algo más que bultos en la reja de Ana, ó Anarda, como la llamaba el poeta (quien corría como si cabalgara en el Pegaso), tirando de las espadas y haciendo de los manteos broquel los que no le llevaban, arremetieron con los acometedores.

Formidable palotendo de espadas y broqueles había comenzado debajo de la reja misma, que se había entornado con un ¡Jesus nos valga! y ya se había oído carrar tambien las de otros curiosos, cuando de repente se abrió el portón de Pero Montalvo, y éste, con una linternilla en una mano y una estaca en la otra, seguido de cuatro más, que á lo que despues se averiguó tres eran jiferos* y uno perale*, armados de espadas y cubillos de cachas del oficio, que les servían de dagas, cayeron sobre unos y otros contendientes, como echando el montante.

A las primeras de cañibó mataron la linterna de un cintarazo y empezaron á sacudir á palo de ciego, siendo la misma sacudida causa de que no se hiriesen; pero el diablo debió de ser el que guió los pasos del corregidor por las cercanías, y oyendo el repique y lanzando un ¡ténganse al rey! se disparó sobre cimbrós, lombardos y godos, quienes oyendo á la justicia, y aunque por el número pudieran resistirla, trataron de escapar, yéndosele de entre las manos el estudiante y sus compañeros, como tambien el valentón.

Bien quisieran Montalvo y sus jiferos imitarles, como algunos de los del galán, y aunque trataron de treponer el zaguán, los ministros se habian interpuesto como cuña, y averiguada la causa del escándalo dieron con todos en la trena, porque los cochotes rastrearon que el huésped había allegado algunos dineros y porque tambien les contentaba la muchacha, que ¡vive Dios! era de buen tallo, y parecía mejor en los hábitos ligeros en que por ser de noche la sorprendieron, que no eran tan sobrados los cabezones y los puños de la camisa que no delataran lo alabastrino y dilatado del seno y lo extremado de sus brazos, coronado todo por dos luengas y robias trenzas, que por delante le caían.

El huésped, cuando se vió tratado de este modo, suspiraba, y no por la honrilla, y mirando á la moza exclamaba de tiempo en tiempo.

—Fézia, Anica, tus bellaquerías, y no así te lo decía yo!

En fin, de allí á pocos dias se supo que se arregló el asunto, sellando á los ministros las bocas con algunos ducados.

En cuanto á los estudiantes, el corregidor tuvo contestaciones con el juez del estudio, por ser de su jurisdicción, pero nada pudo ponerle en claro, que primero se hubiesen dejado los estudiantes dar garroté en todos sus miembros que delatar á sus compañeros.

Así terminó aquel lance, que, con escasa diferencia, se repetía todas las noches, teniendo siempre un poco que hacer los alcaldes y rondas con los escolares, que como fuerá para dar que roer á la justicia, se pintaban solos, asistiendo mejor que á las lecciones.

De poco servía que el rector, seguido de bedeles y del alguacil del estudio*, visitase por las noches las posada

das de los estudiantes, porque fingian inagotables trazas con que salir del paso, ya teniendo los libros á mano y poniéndose á estudiar cuando les daban soplo de que venian, tendiendo entónces el manto sobre las barajas con que divertían los ojos, bien zabulléndose vestidos en las camas, para fingir que dormían, siendo así que las más de las noches las pasaban á cielo abierto.

Mandábase celar para que los estudiantes no concurriesen á las casas de conversacion*, ni á los bodegones, ni que nadie les vendiese al fiado, por los gastos que á sus padres ocasionaban ignorándolo ellos, pero era pedir gollerías, pues en todas partes se hallaban sotanas.

Tambien prevenian los reglamentos que el rector conviniere con el corregidor la hora en que habian de verificarse las comedias, cuando fuesen compañías, para que no diestrajessen de la hora de los estudios, porque sabido es que entónces empezaban de ordinario á las dos en invierno y á las tres en verano, y generalmente estaban prohibidas en los dias festivos.

Pero digamos algo de los estudiantes en la Universidad, ya que los hemos visto fuera de ella, dando sustos á la ciudad toda, que albergaba en su seno tan dilatado número de alumnos de Minerva.

La matrícula se publicaba tres veces al año: la primera despues de San Martín, que es á 11 de noviembre; la segunda despues de Navidad, y la tercera despues de Pascua de Resurreccion, y se contaba el curso á cada estudiante desde el dia en que se había matriculado.

Duraban las lecciones desde que se abría la primera matrícula hasta fin de agosto*.

Al tiempo de matricularse cada estudiante pagaba los derechos, que eran para los bachilleres ocho maravedis y cuatro para los demás, en cualquiera facultad, advirtiéndose que los hijos de los doctores y maestros del estudio se matriculaban gratis.

Los estudiantes debían usar un traje modesto y adecuado y por entónces no era obligatoria la loba ó sotana ni el manto, si bien les estaba permitido, y en la cabeza una gorra ó bonetillo, semejante al que usaban la generalidad de las gentes.

Debían ser por entónces los estudiantes más amigos de galas que despues lo fueron, supuesto hubo necesidad de que se diesen leyes suntuarias para arreglar su vestido y menaje.

Así, por ejemplo, escábase vedado usar para su adorno telas de raja*, seda, chamelote, burato, media seda, filetes, ni otra alguna en que entrase esta preciosa materia téxtil, so pena de perderle, y en cambio ganarse seis dias de cárcel.

Únicamente los collares de la loba, manto y sayo, les era licito llevarlos de seda. En los gregitecos, siendo negros, podían asimismo usar un pasamano de seda, sin alamares ni otra guarnicion, pero en los de color no se les permitía traer este adorno, bajo la pena dicha.

(Se concluirá.)

JULIO MONREAL.

EL BERGANTIN CARITÁ.

(Conclusion.)

Las once de la mañana serian cuando el *San Genaro*, apartándose del muelle, desplegó la vela al viento y con la velocidad de un pájaro marino comenzó á cruzar la bahía. Cayetano con la diestra en el timón, la vista en el horizonte y la serenidad en su frente, dirigía el timón de la nave. Hízola adelantar hácia la frontera playa del Puerto de Santa María, mandó tomar rizas para preca-

* Las casas de conversacion equivalian, en cierto modo, á lo que hoy se llama casinos. De ellas se tratará en otro artículo.

* En el siglo siguiente, en que aún seguía la Universidad en grande esplendor, habían verificado algo estas prácticas. Duró el curso desde el dia de San Lucas, que es el 14 de octubre, hasta igual dia de junio en que se acababa. El que no se presentaba hasta el dia de Santa Catalina, que es el 25 de noviembre, ó sen un mes largo despues, no podía ganar curso. Les era preciso presentarse con la sotana y el manto, y con este traje habian de presentarse al *Concejo* y al *Jefe del estudio*, quien cumplido aquel menester les entregaba sus cubillos que decían *su arca y el libro en el brazo*, sin cuyo requisito no podían inscribirse en la matrícula, y al hacerle prestaban su mano del encargado el juramento de *obediendo rector*, del cual no estanán libres ni aun los maestros y el juez del estudio.

* Raja era una tela de lana, generalmente no muy fina; hábalo, sin embargo, que se llamaba de *Florenzia* y era bastante estimado. *Chamelote* era una tela de seda prensada, que hacia visos, equivalente á lo que hoy se llama *viscos*; hábale de flores que se estampaban con la prensa caliente. El *burato*, cuando era de lana, tenía poca estima y se usaba para alivio de lutos; pero le habla tambien de seda. La *media seda*, como la palabra lo indica, era tela tejida, mitad lana y mitad seda.

ver las fuertes ráfagas, y virando á estribor dobló osadamente la punta de San Felipe, encontrándose en plena tempestad.

Hubo entónces momentos de una duda angustiosa entre el inmenso número de espectadores: ¿podría tan frágil buque resistir los terribles embates del viento y de las olas? Y caso de que los resistiese, ¿cómo penetraría en el peñascoso arrecife donde se estaba destrozando el *Cardel*? ¿No era esta una empresa temeraria é imposible, una especie de suicidio á que marchaban aquellos hombres, alentados por su grande ánimo y compasivo corazón? ¿No habian vuelto atrás la proa cuantos intentaron salvar á los naufragos? ¿Dos vapores no habian retrocedido? Y cuenta que el barco de vapor lleva en si una especie de vida propia, una fuerza poderosa para combatir y vencer la fuerza de los elementos; que sin desplegar velamen avanza como el rayo, va y viene á su voluntad, palpita como un monstruo vivo, y deja, por huellas de su paso independiente y majestuoso, un surco blanco en las aguas y un surco negro en el cielo.

Tales reflexiones sugerian la atrevida resolución de Ricar y la marcha del *San Genaro*, conmoviendo á cuantos le acompañaban con los ojos desde los muros y azoteas; pero aquella frágil barca, ya balanceándose en la alta punta de las olas, ya desapareciendo en los espumosos valles de las aguas y volviendo á aparecer como una mojada gaviota, seguía tenazmente en rumbo, con el viento de proa, con la mar gruesa y alborotada, ayudándose unas veces del remo, otras de la vela, mas avanzando siempre hácia el bergantín austríaco y siempre llevando consigo la admiración y bendiciones de los gaditanos. De pronto sobrevino una gran lluvia: la barca pescadora donde Ricar llevaba á los naufragos la salvación y la vida se ocultó por completo en la cerrazón del horizonte, y la más angustiosa incertidumbre se apoderó de todos los ánimos. La muchedumbre de espectadores sufría inmóvil el copioso aguacero: los anteojos continuaban tenazmente registrando la alborotada extension de las aguas, y el que distinguia ó se figuraba distinguir algun pormenor de aquel verdadero drama, comunicaba en alta voz sus observaciones: ya decía uno:

—Veo el *San Genaro* como un punto negro al Oeste... no avanza una línea... ha perdido la vela.

—Ya, exclamaba otro, despues de una breve pausa: Esto es tirar la vida... sin provecho de nadie... ya lo veo... no puede... se vaiva... ¡ah, Tano valiente! No se vuelve. Mas... sí... ¿quién demonios resistió un temporal como éste?

Pues yo le digo á usted, señorito, respondió un hombre canoso y de tez bronceada, que alcanzo más con mis mismos ojos que usted con ese lente de á vara, y que no se vuelve, aunque se ahoga veinticinco veces, porque yo le conozco, y en diciendo una cosa, es más firme que una muralla. ¡Ah! por vida de... mal rayo... vamos... quizá sean mis ojos... pero ya no lo veo.

Como lo sublime suele ir mezclado con lo burlesco, en las situaciones más solemnes y trágicas no falta quien tenga el triste privilegio de promover la risa con sus extravagancias. Hé aquí un individuo de larga melena enana, largo cuello y manos largas, que como una bala llega á la carrera desalentado y jadeante, y poniendo en movimiento sus desornadas rodillas y afilados codos, derriba á unos, pasa sobre otros, á todos molesto, se abre camino hasta la muralla, y allí con voz ronca y débil que no alcanza á treinta pasos, comienza á gritar en tono de mando las más disparatadas maniobras que pudo sugerirle su ignorancia: —¡Ah! del *San Genaro*! ¡Atencion! ¡Garra y brınca! ¡Orza á harbor! ¡Vira en redondo y riza el pitifoque! ¡Alija y atraí!

—No tiene usted mal atraque, respondian algunos.— ¡Que lo lleven á la cata de locos! —Se conoce que su mercé entienda la navegacion. ¡Ha sido usted almirante, mi amor! — ¡Valiente pescadero! — ¡Si parece una sogá! — ¡Qué dicea tú, Manolito? — Que si lo larga, puede su mercé estar en Cádiz y comar en la Isla. — Hombre, más valía que se ahogara usted que no esa gente. — ¡Fuera! ¡Fuera!... Y los gritos crecían.

De pronto cesó la lluvia y pudo verse de nuevo el *San Genaro*: todas las miradas volvieron á fijarse en él, y quedó terminada esta escena ridícula, episodio de un drama terrible. Miré el reloj y era la una de la tarde. Llevaban Ricar y su tripulacion dos horas de porfiada lucha desde que abandonaron la bahía: dos horas, ó más bien dos eternidades para los naufragos, que, asidos á la obra muerta de estribor, contemplaban con asombro la furia de los elementos y la impávida energía de sus salvadores, temiendo por instantes verlos sucumbir en su heroica empresa, ó que, asustados de su misma temeridad, buscasen el abrigo del puerto. Cada vez que el

* Jifero, el que en el castellano descañiza las reses.

* Perale ó pelare, cardador de paños.

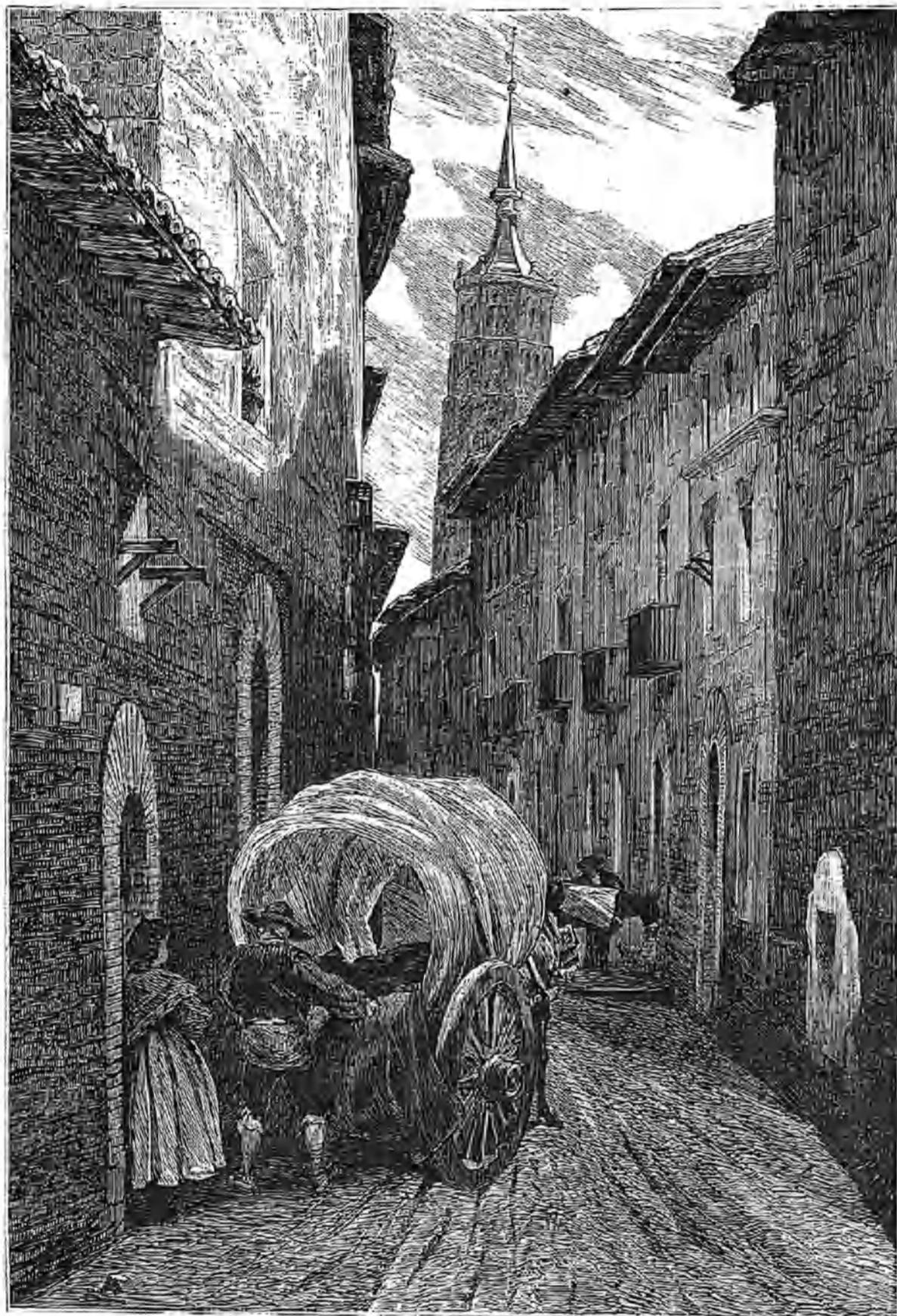
* El alguacil del estudio tenía por principal cargo guardar el orden en los cátedras, especialmente durante las lecciones, no permitiendo jugar al hacer ruido á los criados de los estudiantes. Su cargo le estaba retribuido con diez real maravedis.

timón hacia virar la barca pescadora, torciendo su rumbo para esquivar la fuerza de las ráfagas, creían llegado el momento de la retirada, y al juzgarse abandonados á los furiosos del abismo, sentían correr á lo largo de sus miembros los frios estremecimientos de la muerte. Y no

la desgracia, debió de llorarse por él como si hubiera muerto.

Una vez se creyó perdido todo. El *San Genaro* viró á babor, alejándose á un tiempo del puerto y de los naufragos y haciendo rumbo más adentro. Ya no había de

otra vez su rumbo hacía el arrecife donde el *Corilá* se despedazaba, voló á él como una flecha con la hinchada vela casi tendida sobre las aguas que hervían y se alzaban rugiendo ante la inflexible proa. Semejante rasgo de audacia asombró á todos: el drama volvió á rean-



ZARAGOZA.—ALGUNOS HABITANTES DISPONEN SU MARCHA HUYENDO DE LA INUNDACION.

porque fuesen cobardes, que eran hombres curtidos por las borrascas y bronceados por los soles de distintas zonas: seguros de su próximo fin, hubieran sabido aguardarlo con la impassibilidad estóica del marino; pero esa alternativa incesante de esperanza y desaliento, ese vaiven penoso de júbilo y terrores, esa vida que huye y vuelve, y torna á huir en seguida tal vez para siempre... son como un ariete formidable capaz de quebrantar la firmeza del más animoso pecho. Los mismos espectadores sentían cruelmente las angustias de tamaño incertidumbre: muchos rostros ya se coloraban, ya palidecían: muchos ojos de compasivas mujeres deramaban lágrimas, tan pronto nacidas de la pena como del entusiasmo. Porque nadie fué insensible aquel día grande: si acaso hubo alguno indiferente al heroísmo y

da: se creyó que, conociendo Ricar la imposibilidad de su socorro y lo difícil de volver á guarecerse en la bahía, determinaba correr el temporal durante algunas horas, esperando una ocasión propicia para salvarse, ya que no podía salvar á aquellos desconocidos extranjeros por quienes afrontaba tan inminentes peligros. Se vió el falucho avanzar hundiéndose entre la niebla que todavía flotaba acá y allá en grandes masas. Un relampago fulguró en el horizonte, y en el prolongado trueno que retumbó en seguida, pareció gritar desde lo alto una voz terrible: «Ya se acabó toda esperanza.»

Mas no fué así; antes bien como suele el águila encumbrar su vuelo á pasmosa elevación para caer sobre su presa con el ímpetu del rayo, el ligero buque de Ricar se alzó para tomar espacio y viento, y enderezando

darse, cada espectador permaneció inmóvil; el silencio era profundo y solamente lo interrumpía el oleaje al chocar contra la muralla, esparciendo por los aires blancas sabanas de espuma.

Entre tanto, el *San Genaro* avanzaba rápidamente y en línea recta: á cada instante se divisaba mejor, y á poco se notó con sorpresa que conservaba intactas sus jarcias y velas á pesar de tan prolongada lucha: sus hombres vigilaban cada cual en su puesto y Ricar empuñaba con mano firme la caña del timón: ya se acercan, se acercan y casi tocan las peñas del arrecife. Mas ¿cómo penetrar en su seno? ¿cómo salvar aquel muro de rocas verdinegras, ya ocultas bajo las aguas, ya asomando sus frentes por donde chorrea la espuma y en que la mirada se fija con horror! De repente una gruesa



EDUARDO ZAMACOIS.



LA MAJA.—BOCETO DE EDUARDO ZAMACOIS.

ola se levanta á lo lejos; avanza rodando como un monte que desquiciara el horacan, y amenaza destrozarse cuando se oponga á su carrera. Riear la vé, la aguarda y se abandona intrépidamente á ella; un instante después ya está en el arrecife. Vése á los tripulantes del *Carité* correr de un lado á otro sobre cubierta: seguros del socorro y confiando ya en su salvacion, recogen lo más precioso que pueden llevar consigo: algunos Moran al coger una rápida ojeada al retrato de la madre, de los pequeños hijos ó de la ausente esposa, y ceñitanlos en su pecho; otros dan voces de júbilo y todos se preparan á huir de aquellas frágiles tablas que crujen sobre el abismo y pronto acá y allá dispersas flotarán como juertes cadáveres.

El trasbordo se verifica precipitadamente: no hay tiempo que gastar: abandonar todo, perderlo todo con tal de salvar la vida, porque un solo minuto de tardanza puede ser funesto. Unos se deslizan ágiles por escaldas; otros, más temerosos é impacientes, se arrojan de golpe por el postalon de estribor, á riesgo de caer en las olas ó de romperse un miembro: los intrépidos salvadores los recogen, y una ráfaga violenta separa del bergantín medio deshecho al *San Gervasio*, lanzándolo fuera de los escollos. ¿Qué falta ya para coronar tan heroica empresa? Únicamente entrar en el puerto, lo cual no es difícil, pues por fortuna acaba de cambiar el viento: es más favorable para volver, y antes de una hora podrán los naufragos besar la hospitalaria tierra y aferrarse de nuevo á la vida, que ya se les escapaba. ¡La vida! Si tal encuentro ofrece al criminal á quien alejan del verdugo para sepultarle en perpétuo encierro, ¿cuál no tendrá para el hombre que recobra la plenitud de su existencia, el aire y el sol, el tiempo y el espacio?

Pero ¡ay! no todos los naufragos vuelven ya en la barca salvadora; falta uno, el capitán Bonavich, que detenido en recoger documentos y papeles, se ha quedado á bordo de su destrozado buque, y se oye sus roncadas voces clamando auxilio y se le distingue corriendo sobre cubierta y agitando sus brazos con desesperacion. ¿Será tal vez la última víctima, ó de nuevo jugarán sus vidas muchos hombres por salvar la de uno sólo? Temerario parece semejante propósito; sobre todo, á los mismos austríacos, y algunos de ellos opinan por huir de este último peligro, abandonando al capitán á su desgraciada suerte. Mas Riear ha dicho á sus animosos compañeros antes de alejarse del muelle, que volverían todos ó ninguno, y fiel á su palabra, tuercos el timon, hace virar el *San Gervasio*, vence el peligro, recoge al capitán, añade un nuevo timbre á su caridad y valor, y desplegando todas las velas, rápido como el pensamiento, entra en la canal vieja y se encamina á la segura bahía.

¡Qué triunfo tan puro y tan sublime! ¡Qué exclamacion de unánime aplauso atronó entonces los aires, brotando de todos los corazones! No quedó espectador que no corriera presurosamente al muelle para saludar, para estrechar la bondad mano y oír de bendiciones á aquellos modestos héroes: el espacio que media entre la Puerta del Mar y el extremo avanzado del desembarcadero se cubrió instantáneamente de una muchedumbre alegre y conmovida, así como aquella parte de muralla y los fronteros balcones y azoteas. No siempre el pueblo ha de acudir solícito á las sombrías fiestas del patíbulo; día llegará en que sólo acuda con gusto á las bienhechoras fiestas de la humanidad. Aquel gran día los que hoy viven y piensan, nosotros, pálidos espectros de lo pasado, nos alegraremos en nuestras tumbas, porque penetrará en ellas el sol de la edad de oro, que no está en la niñez, sino en la virilidad del mundo.

Cuando la aguda vela del *San Gervasio* asomó por la punta de San Felipe, un general aplauso y atronadores vivas saludaron de nuevo al valeroso Riear y á su gente; un sinnúmero de pañuelos blancos ondearon por el aire, y en medio de tan sinceras y entusiastas manifestaciones, salvadores y naufragos llegaron al muelle y fijaron el pie en la segura tierra, dejando tras sí la tempestad y la muerte vencidas en desigual combate. Aún resonaba la una con la voz del viento y el oleaje; aún invisible la otra agitaba los grandes brazos en el vacío, buscando tenazmente á sus víctimas. Ya no las encontrará, porque

Así el amor lo creó;

Amor, más poderoso que la muerte

y la caridad es el amor en toda su magnitud y pureza.

Riear fué paseado en hombros por la multitud: para él y su animosa gente * regaló la casa del Sr. Lopez y

compañía doscientos veinte duros; el Sr. Quintana, dueño de la barca, les dió una abundante comida y toda la poblacion las mayores muestras de aprecio. Algunas personas influyentes solicitaron para el esribativo patron algun premio del Gobierno, y éste le concedió la cruz de Beneficencia de segunda clase.

Un curioso, amigo de mezclarse en todo, exclamó entonces:—¿Cruz de segunda clase! ¿Para cuándo se guardan las de primera?...

NARCISO CAMPILLO.

EDUARDO ZAMACOIS.

(APUNTES BIOGRÁFICOS.)

No conozco entre todas las ironías, una más cruel que la del destino. El hombre que trabaja con fe y entusiasmo por adquirir la gloria, la fortuna ó la felicidad, tres cosas que parecen inseparables y que, sin embargo, nadie ha visto juntas todavía, me recuerda siempre la fábula de Sísifo, condenado á subir una enorme peña á la cúspide de un monte, y que apenas lo consigue ve que la peña se le desprende y rueda de nuevo al fondo del valle.

Ejemplo triste y doloroso de esta verdad pudiera ofrecernos, á falta de otros muchos, la memoria de nuestro infortunado amigo Eduardo Zamacois. Después de haber probado todas las amarguras de la miseria y todos los horrores de la lucha; después de haber conquistado palmo á palmo una posición envidiable que hacian doblemente grata la compañía de una mujer adorada y las caricias de un hijo inocente, cuando todo le sonreía, cuando su nombre, popular ya entre los pintores, comenzaba á ser escuchado con interés y pronunciado con respeto en esos altos círculos donde el ingenio combate siempre y vence rara vez las manifestaciones del orgullo y los estravíos de la ignorancia; cuando todo esto había conseguido un adolescente que apenas contaba 29 años, una enfermedad rápida, desconocida para todos, acaso para la ciencia misma, ha venido á desvanecer tantas ilusiones, á destruir tantos proyectos, á matar tantas legítimas esperanzas.

Reseñemos aunque ligeramente los pormenores de esa existencia que, como la de todo ser superior, ha tenido más espinas que frutos.

Eduardo Zamacois y Zabala, nació en Bilbao, de una pobre y honrada familia, yo no recuerdo qué mes del año 1818.

Allí empezó á estudiar el dibujo á la edad de doce años, viniendo á los catorce á Madrid, donde ingresó en la Academia de San Fernando.

Era aquella la época en que la Academia se encontraba en todo su esplendor; la direccion acertada é inteligente del ilustre maestro D. Federico Madrazo; la multitud de jóvenes aprovechados que llenaba sus cátedras, y que más tarde había de dar á su patria tantos días de gloria, todos estos alicientes, y más que todos el cariño paternal con que desde el primer momento le acogió D. Federico, despertaron en él un noble estímulo que pronto se convirtió en vivo deseo.

La proteccion de algun amigo generoso, y el anhelo del estudio siempre creciente en él, le llevaron á Paris á los 18 años, y allí comenzó esa epopeya sublime de privaciones y alegrías, de abnegacion y de constancia que forma, por decirlo así, la educacion artistica, y en la cual al número de los héroes es desgraciadamente muy inferior al de los mártires.

Cuando yo recuerdo esa fecha de la que arrancan mis amistades más queridas, y mis más hermosos sueños; cuando pienso en aquellas modestas y encantadoras comidas del *bouillon Duvall*; aquellos paseos solitarios á Añieres y Montmorency; aquellas escursiones nocturnas á las alturas de Montmartre y á los bailes de la barrera de la Reine Blanche, y sumo al mismo tiempo la lista de los compañeros que se han eclipsado, quizá lamento no haber sido de este número, en vez de gozar el amargo privilegio de sentir sus infortunios y su ausencia.

Larga y dolorosa tarea sería la de narrar aquí los incidentes de aquel borrascoso período de la vida de Eduardo Zamacois, al cabo del cual obtuvo en 1867 su primera medalla por el cuadro titulado *Los bufones*, que le dió á conocer ventajosamente, poniendo el sello á su reputacion el premio ganado en la exposicion del 70 por

su bellissimo cuadro *Los educados de un príncipe*, cuyo dibujo no tardará en aparecer en las columnas de LA ILUSTRACION.

Desde entonces, la fortuna antes ingrata comenzó á prodigarle sus favores; Goupil, gran editor, y gran inteligente al mismo tiempo en bellas artes, le abrió las puertas de su corazon y de su caja; Meissonnier, que le había honrado admitiéndole entre sus discípulos, se honró contándole entre sus amigos; y esto, y la circunstancia de haberse casado con una bella y simpática jóven que le hizo á poco padre de un hermoso niño, daban á su existencia y á su carácter todas las tintas de la felicidad.

Los acontecimientos de Paris, donde se hallaba establecido con su familia, y del cual había hecho su segunda patria, le obligaron á abandonarle, regresando á Madrid, donde por entretenerse en algo pintaba un lienzo cuyo fondo era el salon de embajadores del Real Palacio, y del que ha dejado sin hacer las figuras, que debian representar, segun me dijo pocos días antes de su muerte, la presentacion de un príncipe, ó bien en hexámetros de la antigua corte.

Este cuadro hubiera probablemente pasado á ser propiedad del marqués de Portugalate, que lo deseaba; pero la fatalidad hizo que cuando el magnate llamó á la puerta del pintor para pedirle que lo terminara y le pusiera precio, su frente y sus manos se habían helado para no calentarse jamas.

Eduardo Zamacois murió el jueves 12 de enero de 1871, en brazos de su esposa y de sus buenos amigos Laguna y Perea. Una multitud de artistas y admiradores suyos acompañó el cadáver y las lágrimas de todos daban elocuente testimonio de su pena.

Yo fui tambien, y poco después recibí de manos de su desconsolada viuda una triste pero preciosa herencia: el boceto *La maja*, no concluido todavía, cuyo dibujo aparece en esta número; últimas pinceladas del malogrado artista, última ofrenda del escitoso amigo.

Ocho días antes de morir me lo ofrecia; ¿cuán ajenos estábamos los dos de que aquella iba á ser su postrera obra!

MANUEL DEL PALACIO.

EL DIOS DE LAS BATALLAS *

Ello era que algo habíamos de adorar, después de derribado el culto católico ó de estar por lo menos arrinconado en ciertas conciencias retrógradas ó en el oratorio de algunas viejas tenazmente devotas. La eleccion de dioses ofrecia muchas dificultades: unos opinaban que se adoptase la religion de Zoroastro, pero rechazaron el culto del fuego todas las compañías de seguros contra incendios. El buey Apys ofrecia la ventaja, para un año de hambre, de poder aparecerse en forma de rosbéef á sus devotos; pero tenia el inconveniente esta divinidad de verse expuesta á la mayor de las irreverencias si alguna vez encontrase á la trailla de la plaza. Recordando que los pueblos habían doblado la rodilla ante ciertos vegetales, un cocinero francés propuso el culto de la trufa; su voz fué ahogada por los partidarios del tomate y la cebolla. Un tribuno desgraciado, amenazando al cielo con los puños, aseguró que el hombre debía adorarse á sí mismo: su teoría mereció la reprobacion de las mujeres. En fin, buscando dioses nuevos, sucedió lo que sucede con las formas de los trages y las formas de gobierno: volvída la vista al pasado y decidieron los hombres elegir tres divinidades en el Olimpo, dejando á la libertad individual la creacion de los dioses menores y los héroes. Hé aquí los nombres que obtuvieron mayoría.

Varte: fué votado por todos los hombres, exceptuando los miembros del Congreso de la paz y algunos generales.

Venus: sólo tuvo una leve oposicion por parte de las feas.

Mercurio: obtuvo los sufragios de la alta banca, del comercio al por menor y de los industriales, que forman una exigua minoría: el dios registró entonces las cuevas de los montes, las encrucijadas de los caminos, el alexantarillado de las villas y las sociedades más humildes en busca de electores; pero se le opusieron la guardia civil y muchos propietarios: en tal apuro, Mercurio se acordó de que presidía la concurrencia y exclamó con voz sonora:—¡á mí los oradores! grito que, despojiando los cafés, los clubs y los Congresos, produjo al candidato lo que se llama una *escuena muy gorda*.

* El *Yotterev* de Oliva dice á sus lectores:—Después de haber estado á ver el cuadro de los naufragos del patron y marineros que salieron de la tripulacion del *Bouganville*, y de los siguientes: *Paola*, *Castellón*, *Riear*, conocido por el *Toni*, *Martinez*, *Francisco*

Martinez, *Antonio*, *Carmona*, *Manuel*, *Pomer*, *José*, *Quintero*, *José*, *Secorro*, *José*, *María*, *Sanchez*, *Nicolás*, *Martín*, *Manuel*, *Carmona*, *Juan*, *Llorca*, *Juan*, *García*, *Bocanegra* y *Manuel*, *Rodríguez*.

* Este artículo pertenece á un libro inédito que se titula: *Metología del siglo XIX*.

MARTE.

Contemplaba con curiosidad una carabina el dios de las batallas, cuando fueron á anunciarle la buena nueva lucida comisionada de voluntarios nacionales. Bien hubiera querido Marte recibirlos en su antiguo traje griego, pero el casco, el escudo y la armadura yacían en el escenario de los Baños. Causóle la elección mucha sorpresa, porque creía apoderados del mundo á los filósofos optimistas, á los presidentes de sociedades filantrópicas, á los ingenieros industriales, á los fabricantes de objetos de goma, á los muñidores de sociedades cooperativas y á los artistas en pelo, en hoja de lata, en cueros y en levitas. Imaginaba sustituidos los antiguos roles bellicosos por suaves notas diplomáticas, y arreglados los pleitos de las naciones con discursos de paz y cortasías. Jugaba ya á los hombres convertidos en hermanos, que sólo tenían entre sí leves disgustos de familia, y nunca se hubiera atrevido á desenvainar la espada en pleno siglo XIX, por miedo de alterar las cotizaciones de la Bolsa.

Dormido durante muchos años, le habían despertado alguna vez los cañonazos de Austerlitz y de Marengo; y á no tener tan cerca las imágenes del Pilar y San Narciso, se hubiera erguido de buena gana los muros de Zaragoza y de Gerona. Ahora escuchaba más allá del Pirineo horribles estampidos y ayes de moribundos, pero más que ruido de batallas le parecían rodar de trenes de mercancías, barrenos estallando, el rumor de mil fraguas en movimiento, el angustioso gemido del minero y todo el estruendo de la vida civilizada, signo de prosperidad y de trabajo. Veía nubes de humo elevarse por la atmósfera, y juzgaba que el humo de las ciudades incendiadas saldría de las fraguas y de las chimeneas de vapor y de las cocinas económicas. Marte creyó que iba á saquear por segunda vez á Vulcano, y que los hombres le ponían al frente de sus talleres y le llamaban para dirigir sus gigantescas fundiciones: propúsose estudiar las relaciones entre el capital y el trabajo y profundizar los problemas de la estática, y aun improvisó algunas ingeniosas maquinillas para convertir en néctar el café que toman los madrileños por la noche y para hacer llegar á la nariz de los ministros el humo de los cigarrillos nacionales.

Sacóle de su error un ciudadano, que entregándole un revólver, le dirigió el siguiente discurso en nombre de los electores, doblando al mismo tiempo la rodilla, aunque sin quitarse el sombrero, por orgullo democrático.

«Divina Majestad:

Los hombres te han elegido por su dios, porque representas mejor que otro el estado actual y las necesidades de los hombres. Hacía falta un nómene que presidiese nuestra campaña periodística, las luchas electorales, los *trájes* parlamentarios, los *ataques* de las oposiciones y las *conquistas* de la ciencia.

En ridículo que no tuviésemos un dios de las batallas, cuando todas las naciones civilizadas tienen su ministro de la Guerra. El pueblo armado sólo debe adorar á un dios que sepa hacer el ejercicio.

Convertidos en cuarteles muchos templos, volverán con tu presencia á ser templos los cuarteles.

Los sabios han declarado forzoso el advenimiento del progreso: estamos, pues, en el período de la fuerza. Consigamos la victoria, aunque sea preciso tomar á culatazo casa por casa, conciencia por conciencia. Para llegar á la uniformidad sólo hay un medio: que todo el género humano vista de uniforme.

Nómene excelso:

Aspira á pleno pulmón el perfume de la pólvora.

Escucha benigno nuestros himnos patrióticos.

Y distribuye carabinas á tus hijos.

Dijo el tribuno: los cañones saludaron; rompieron las charangas; se oyeron aclamaciones populares y Marte pasó revista á los hombres del siglo XIX colocados en orden de batalla.

Y vió con placer largos caminos de hierro que servían para apresurar el movimiento de las tropas; fábricas de fundición donde hervían lagos de metal destinados á cañones; telégrafos de campaña que transmitían con velocidad órdenes de muerte; máquinas submarinas para convertir en astillas un navio; balas explosibles para destruir miembros humanos; hilos invisibles que conducían el fuego á los depósitos de pólvora; globos de luz para alumbrar batallas nocturnas; cohetes incendiarios; alisaceros de cápsulas metálicas, y rebano de hombres moviéndose con perfecta simetría y trazando sobre el suelo figuras geométricas ó dispersándose aterrados.

Y vió á los sabios cavilando en su laboratorio para extraer nuevas fuerzas destructoras de los cuerpos más inofensivos, y saludó con júbilo á la ciencia.

Y vió al mismo tiempo á los diplomáticos disientien-

do tratados de paz y asegurando por medios amistosos la fraternidad entre todas las naciones.

Y adivinó batallas en el aire; ejércitos emboscados en las nubes; lluvias de balas sobre un ancho territorio; combates físico-químicos; evocación de espíritus contra un país enemigo, y finalmente, la resurrección de los antiguos encantadores para dirigir las nuevas guerras.

Y dijo el dios alzando una bandera roja.

«Vuestra actitud guerrera me complace: veo que el género humano está dispuesto á una campaña eterna y no necesito infundirle ardimiento. Las guerras de ambición tienen por límite la extensión de la tierra; la lucha para conseguir el ideal de los hombres, no puede tener término.

Industriales: multiplicad los gozos de la vida, para que aumente el rencor del pobre al opulento.

Políticos: halagad las pasiones de todos, para que todos tomen parte en la pelea.

Sábios: haced que cada cual piense á su modo, para que trate de imponer á todos sus propios pensamientos.

Indiferentes: aplaudid siempre al vencedor, para que nadie quiera darse por vencido.

Guerreros: vuestro es el mundo; armaos con la palabra: destruid con las ideas y luego haced la felicidad del hombre á cañonazos.

Continúo cada cual la obra empezada, y antes de un siglo, los políticos sólo harán evoluciones militares; los sabios sólo enseñarán el ejercicio, las mujeres sólo coocerán á puñaladas y se matarán con cañones los fines de las tierras.

Así habló Marte, y los gritos de entusiasmo le peralgraron largo trecho cuando se remontó por el espacio.

Durante muchos días, hubo por todo el mundo fiestas militares: los hombres honraron al dios con paradas, revistas y simulacros de batallas: se abrieron las espaldas de los toneles, y corrió el vino por las calles: los amoladores hicieron su agosto, porque no quedó sin afilar un cuchillo de cocina, ni una navaja de Alabastr.

Los médicos convirtieron en lanzas sus lancetas: los arrieros trocaron sus machos por machetes; se hicieron de las tiendas tiendas de campaña y toños hubieran dado sus galas por galones.

Los criados declararon la guerra á sus amos; el comprador al comerciante; los pobres á los ricos; los necios al discreto; el trabajo al capital; la filosofía al sentido común; los ateos al creyente; los pueblos á los reyes; las ciudades á los campos; la ociosidad á la industria y hasta los enfermos juraron haber en el cráneo de Los saos.

Enflaquecieron los gruesos por presentar menos blanco y los blancos covidieron la suerte de los negros. Tratóse de derribar las ciudades, y para evitar los sitios, retirarse á los sitios más agrestes, fabricando únicamente casas de socorro.

Inventóse un cañón de gran alcance, cuya prueba dió los más tristes resultados: hechos los disparos en el Ecuador, las balas se enfriaron en el Polo; disparado en el sentido de la latitud, la bala recorrió todo el círculo terrestre, destrozando la piza y el inventor á su regreso.

Pero terminadas las fiestas y los alardes militares, los hombres dieron tregua á los instintos bellicosos, compartiendo el culto de Marte con el de Venus y Mercurio.

El dios de las batallas subió al Olimpo para recibir la enhorabuena de los dioses y saborear un plato de ambrosía, pensando en el camino que trage debería adoptar para presentarse ante los hombres del siglo XIX y las generaciones venideras; el caso era difícil: pocos meses antes se hubiera indudablemente vestido de suave, ahora, el caso prusiano tenía la desventaja de significar una preferencia poco diplomática; decidióse por último á que el mejor sastre de París le vistiese de salvaje.

Cuando llegó á los cielos reinaba gran confusión en el Olimpo: los nómene y los héroes tambalaban, corrían de un lado á otro á rodaban por las nubes de la alfombra; Marte quiso saber la causa de aquel espanto, y Ganimedes, que no tenía manos para recoger las copas y ánforas quebradas, le señaló llorando un punto de la tierra.

La razón era sencilla: los cañones prusianos, después de haber arruinado á París, al Olimpo de la tierra, disparaban sus tiros contra el cielo; y es claro, sus formidables proyectiles jugaban á la pelota con los dioses.

JOSÉ FERNÁNDEZ BERNÓN.

REVISTA MUSICAL.

EL POTOSÍ SUBMARINO.—EL MOLINERO DE SUBIZA.

El día 19 de diciembre de 1870, se estrenaron en ésta que hoy podemos llamar ya corte, dos producciones musicales de los Sres. Arrieta y Ondrid. La primera, títu-

lada *El potosí submarino*, y cuyo primitivo título era *Un viaje al fondo del mar*, fue puesta en escena en el teatro de los Baños. La segunda, que tiene por nombre *El molinero de Subiza*, se estrenó en el teatro de la Zarzuela, á cuyo frente se halla el aplaudido artista don Francisco Salas, quien á pesar de las terribles pérdidas que no há mucho tiempo experimentó, sigue con el decidido empeño de presentar en su elegante coliseo obras dignas del acogido público que lo frecuenta.

El éxito de ambas zarzuelas ha sido completo, y prueba de ello es bien palmaria que cuando los demás teatros se hallan desprovistos de gente, efecto de las circunstancias algunas y de su desastrosa dirección el de más importancia de España, en cambio el de la calle de Jovellanos y el de la plaza del Rey no son suficientes para contener el numerosísimo público que acude presuroso á saciar su legítima curiosidad, admirando la propiedad, el verdadero fausto de la *mise en scène* y las bellezas musicales de las dos zarzuelas.

Después de rendir un tributo de justicia en las anteriores líneas al acierto de todos cuantos han contribuido á merecer bien del público, supremo juez en certámenes de esta clase, vamos á ocuparnos en el análisis musical de *El potosí submarino* y *El molinero de Subiza*, cuyos respectivos libretos han sido ya juzgados por personas competentes en una materia de la que nuestros escasos conocimientos nos prohíben hablar.

A tout seigneur, tout honneur. Comencemos, pues por la obra del Sr. Arrieta.

Conocidas son por demás las dotes musicales y el gran talento del inspirado autor de *El dominió azul*, *Marina* y *El granata*. Cuando se ha tratado de poner en música un asunto elevado; cuando ha sido cuestión de trasladar al lenguaje musical los diversos afectos que el alma experimenta en situaciones violentas; cuando, en una palabra, se ha concebido un drama lírico para cuyo desempeño ha contado el autor con los elementos indispensables, si no necesarios, entonces el Sr. Arrieta ha hecho gala de sus conocimientos, ha desplegado los tesoros que encierra su imaginación de artista, ha adornado estos tesoros con el rico manto de una noble armonía y con el brillante auxilio de una correcta y espléndida instrumentación. Las tres zarzuelas que antes hemos citado y que conquistaron á su autor el merecido renombre que hoy tiene, prueban suficientemente la verdad de nuestros asertos. En nuestra humilde opinión, que trataremos de justificar más adelante, el Sr. Arrieta no ha debido separarse del género con tanto acierto por el cultivado.

Sucede frecuentemente que circunstancias particulares, que no es del momento analizar, obligan á un compositor de mérito á escribir una obra para cuya fiel interpretación no se poseen todos los auxiliares que deben tenerse á mano. En estos casos, el compositor se encuentra con un camino esquizo de dificultades insuperables, que necesariamente tienen que cortar el vuelo á su imaginación y entregarlo atado de pies y manos á las duras é imprescendibles contingencias originadas por la carencia de elementos de que antes hemos hablado. Esto es lo que, en nuestro entender, ha sucedido al Sr. Arrieta al poner en música para el teatro de los Baños *El potosí submarino*.

El reputado autor de *Marina* se habrá encontrado con las siguientes dificultades: 1.ª El reducido número y desproporción de los instrumentos de cuerda, de las que no puede hacerse uso sino de los violines y contrabajo, y aun de este último porque puede reforzarse el bajo fundamental con algún instrumento de cobre. 2.ª Las cualidades vocales de los ejecutantes, que sirven, por supuesto, perfectamente para el género que allí hace el gasto; No se nos podrá negar que este inconveniente es terrible. Un compositor á quien se hace presente, antes de escribir su partitura, que la tiple no llega al *la* agudo ni baja del *mi* en primera línea (clave de sol); que el tenor *coge* á duras penas el *fa* sostenido; que el baritono no canta; que el bajo no puede bajar, ni menos subir; que los coros están acostumbrados á cantar *well*, marcándoseles perfectamente el tiempo con un ritmo muy acentuado, y que sólo de vez en cuando se permiten el lujo de algunas tercetas ó sextas; que la armonía y las entonaciones de mediana dificultad están prohibidas en la escena, con otros mil incidentes, consecuencia de todo lo que acabamos de decir; un compositor que apesar de estas trabas grandísimas, logra hacer música, encerrando sus ideas en un espacio tan limitado, haciendo girar las diversas combinaciones armónicas, melódicas é instrumentales alrededor de un círculo tan estrecho, sacando efectos musicales de un color nuevo y variado, un compositor que consigue esto, es á todas luces un artista de talento, un hombre enteramente versado en los arcanos del arte.

El Sr. Arrieta nos lo ha demostrado en su *Potosí submarino*, si bien ha podido comprender que ni sus conocimientos ni su organismo musical se amoldan á ciertos géneros que requieren una estructura especial, más en armonía con el gusto de algunos públicos que con los severos preceptos de la estética musical. El libreto de la zarzuela tiene poquísimas situaciones musicales; no tiene, en nuestro concepto, más que una: la introducción del acto segundo. El Sr. Arrieta se aprovecha de ella, y comprendiéndolo de una manera admirable, agota toda la inspiración de su mente para darla la verdadera significación musical que encierra. El fondo del mar, aquel hombre sumido en las desconocidas regiones que sirven de lecho al océano, las anfibias, la subida de la marea y el animado diálogo de Cardona con los fantásticos seres que le rodean, son causas sobradas para inspirar la pluma del autor del *Gravate*.

En efecto, el Sr. Arrieta se apodera de esta situación, y encariñado con ella deja correr libremente el vuelo de su imaginación. El prelude, delicada y superiormente instrumentado; el trémolo en octava alta y modo menor de los violines; los acordes de séptima disminuida que se oyen en los tiempos débiles del compás, y los diseños del metal, dejan adivinar el fondo del mar, y componen un magnífico trozo instrumental en el que aparece el maestro libre ya de las trabas que antes le oprimían. La escena que viene inmediatamente, esencialmente melódica, está llena de verdad y elegancia, terminando de una manera magistral, en cadencia perfecta preparada por Cardona con la palabra *Abar* y resuelta por el coro que responde: *La mar, la mar*.

Esta pieza musical es, á nuestro parecer, la mejor de la obra, y sería suficiente para darnos una muestra del talento de su autor, si ya en otras ocasiones no lo hubiera ventajosamente manifestado. La zarzuela tiene además piezas muy recomendables, como son la introducción y final del acto primero, el duo de Escamón y Cardona en el segundo, y la introducción y final del último acto. Decididamente, el Sr. Arrieta se ha esmerado más en las piezas de conjunto que en las romanzas y duos. Cuando se reflexione en lo que hemos dicho acerca de las dificultades con que habrá tenido que luchar el compositor, se comprenderá, como nosotros lo comprendemos, la razón que ha asistido al Sr. Arrieta para obrar de esta manera.

Terminamos suplicando al Sr. Arrieta no siga escribiendo en un género que está en contradicción con sus facultades artísticas, y hasta, nos atrevemos á asegurarlo, con las ideas que el reputado director de la Escuela Nacional de Música profesa respecto al papel que debe representar la música en la escena. La rica imaginación y espléndidas dotes del eminente melodista deben emplearse en obras de verdadera importancia en las que, libre y sin trabas, tenemos la completa seguridad de admirarle tal como sus anteriores magníficas producciones nos dan derecho á esperar de él.

Cumplida ya la tarea de la crítica musical, felicitamos sinceramente á nuestro querido amigo D. Emilio Arrieta por la gran cruz de Isabel la Católica para la que, en recompensa de los grandes servicios prestados al arte, ha sido propuesto por la Dirección general de Instrucción pública.

Si fuéramos á analizar una por una todas las piezas musicales de *El molinero de Subisa* del Sr. Oudrid, no bastaría el espacio que generalmente se dedica á una revista musical. Que la zarzuela tiene defectos (¿qué obra no los tiene!), que hay en ella situaciones de las que se hubiera podido sacar más partido, es una verdad que á nadie debe ocultarse. Pero que el Sr. Oudrid se ha excedido á sí mismo, poniendo con gran acierto en música un libreto lleno de situaciones musicales de primer orden; que el autor de *Moisés* ha sido frenéticamente aplaudido; que su obra le ha proporcionado los plácemes más entusiastas, colocándole en primera línea entre nuestros compositores de nota, es otra verdad que nadie podrá negar.

El Sr. Oudrid no es de los músicos monomaniacos para quienes la infracción de ciertas reglas rítmicas, de ciertos principios de tonalidad, preocupaciones que aún se hallan arraigadas en el ánimo de algunos rutinarios, constituyen verdaderos crímenes de lesa-música. A falta, si se quiere, del profundo conocimiento de los diferentes ramos que abraza el difícil arte de la composición, á falta del detenido estudio que facilita muchísimo en la parte material la concepción de una obra lírica, el señor Oudrid posee un organismo musical privilegiado; el instinto ha guiado al autor de *El Molinero de Subisa*, haciéndole ver en el engranaje armónico y combinaciones instrumentales, los auxiliares suficientes para llevar á

cabo su obra. La historia de la música presenta muchos y notables ejemplos de compositores que, dotados del instinto del arte, han conseguido mucho más que otros profesores familiarizados con los secretos del contrapunto, armonía é instrumentación.

El molinero de Subisa es el complemento de lo que otras obras del mismo autor dejaban traslucir. Melodías de buen giro y sumo gusto; armonía bien tratada sin modulaciones de efecto, es verdad, pero con modulaciones naturales y correctas; instrumentación superior en algunas piezas, demasiado débil en otras, pero siempre clara, fácil, elegante; coros bien ritmados, especialmente el de introducción de la zarzuela, y armonizados con gran maestría en ciertas ocasiones.

En el acto primero, la introducción, de la que podía suprimirse, en nuestro concepto, la escena del columpio; un magnífico duo de tiple y tenor, duo de muy grandes dimensiones, pero que el talento del autor consigue no hacer pesado, por la variedad de los temas y los detalles de instrumentación; el aria y coro de la conjuración, pieza muy aplaudida, pero que nosotros tenemos por muy inferior á otras de la misma obra; un grandioso final, excepción hecha de la *Salve*, que es demasiado melódica.

En el acto segundo, una muy bien comprendida romanza de tenor, un buen duo de tiple y bajo y un magnífico final.

En el último acto, el duo del torreón, la danza de los enanos y jota. De esta pieza se hace repetir cuatro y cinco veces el prelude de bandurrias, que consta de dos períodos, terminando el segundo con una progresión que va creciendo en sonoridad hasta la cadencia. La jota presenta en el canto una particularidad notable. La frase primera es la siguiente, divididas las palabras según el ritmo musical:

Si García está aquí que prelude Jesús la guitarra una jota navarra por marcha real.

El primer renglón se halla escrito en tres por ocho y comienza y acaba en la parte débil del compás; al llegar el segundo renglón cambia el compás y el ritmo. El tres por ocho se convierte en tres por cuatro hasta el último renglón, en el que á las palabras *marcha real* vuelve el primitivo compás en que está escrita la jota, que continúa hasta su final, después de repetirse el período que hemos citado y otro casi igual, terminando con una *coda* muy buena.

Hé aquí, en nuestro concepto, las mejores piezas de la zarzuela. Un autor que acierta en nueve números de los quince que contiene su obra, debe estar satisfecho de su trabajo y más si se tiene en cuenta las grandes dimensiones del drama del Sr. Eguilaz. En el terceto del acto segundo (la mejor situación musical de la obra) nosotros habríamos pedido más verdad, más inspiración al Sr. Oudrid; en el cuadro del torreón, habríamos deseado un gran prelude instrumental, porque la escena se presta á ello muchísimo. Otras advertencias pudiéramos hacer además de las que preceden; pero lunares son estos que no amenguan el mérito del compositor. Aplaudimos, pues, con todas nuestras fuerzas los rasgos de inteligencia y de intuición musical que el Sr. Oudrid nos ha dado á conocer. El Sr. Oudrid, componiendo su *Molinero de Subisa*, ha dado un paso de gigante, prelude seguramente de su futuro completo perfeccionamiento. Nosotros tenemos el mayor placer en darle la más cumplida enhorabuena, que si la crítica no permite pasar nada en silencio, esta ingrata tarea se halla al menos compensada con los elogios que deben prodigarse cuando compositoras como el Sr. Oudrid se hacen dignos de la estimación de los amantes del arte.

ANTONIO PERA Y GONZ.

ROMA.

INDICACION DEL GHETTO (BARRIO DE LOS JUDÍOS).

El dibujo representa uno de esos callejones lóbregos y hediondos que tanto caracterizan el miserable barrio de los judíos conocido por el *Ghetto*.

Este barrio es uno de los que más han sufrido en la fundación, por encontrarse á un nivel que fácilmente sienta el Tiber en sus ordinarias avenidas, y por estar habitado por un número excesivo de personas, pobres la mayor parte. Las casas no tienen ninguna condición de higiene, y las calles dan el espectáculo del más soberano desprecio á la policía urbana. A esto hay que añadir, que el *Ghetto* es un barrio que ocupa una área re-

ducidísima de terreno para la población que encierra, y sus *vicoli* (callejones) forman un laberinto confuso y revuelto.

VISITA DE S. M. EL REY AL CUARTEL DE SAN GIL.

El miércoles 11 del presente, por la mañana, estuvo S. M. el rey en el cuartel de San Gil revistando el cuarto regimiento montado de artillería.

Habiendo manifestado deseos de ver maniobrar al regimiento, el coronel Sr. Pavia dispuso que así lo hiciera una batería, como se verificó en el patio de dicho cuartel, con tanta exactitud y rapidez, que S. M. expresó á aquel jefe la satisfacción que el brillante estado de su tropa le causaba.

Á la amabilidad del señor coronel del regimiento, á la cortés y deferencia que es habitual en nuestro ejército, debemos el poder ofrecer á nuestros abonados, con equívoca verdad, el animado y vistoso aspecto que presentaba el patio del cuartel de San Gil en aquella ocasión.

FUNERALES

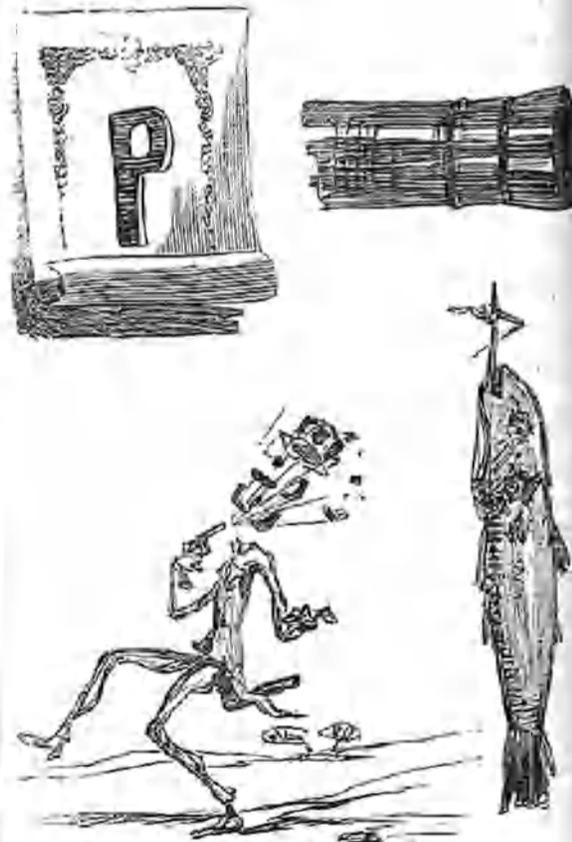
DE DON PASCUAL MADON EN BARCELONA.

El grabado correspondiente á este acto, última muestra de respetuoso cariño rendida por los barceloneses al que fué su gobernador en 1854, debió aparecer en el número anterior. Dificultades que no nos fué posible vencer han sido causa de que salga en este.

Los funerales se celebraron en el salón de la Lonja, colocándose el féretro en el intercolumnio según se ve en nuestro grabado.

La barandilla de la galería del piso principal está cubierta de negro y las colgaduras forman combinación con los cortinajes de las puertas y ventanas. En el centro del crucero que forman las cuatro columnas, hay un pabellón sostenido por una corona condal de la que salen cuatro gases que van á parar á las columnas citadas, en cuyos capiteles se ven los escudos de Barcelona y Cataluña y otros medallones que representan la industria, la agricultura, el comercio y la marina.

JEROGLÍFICO.



(La solución está en el número próximo.)

Solución al publicado en el número anterior:

LA BARRICADA NO ES MÁS QUE UNA ORDENANZA Á LA INVERSA.

IMPRESA DE EL IMPARCIAL, PLAZA DE MAYOR, 5.